

El presidente que no fue

Para citar este libro:

<https://doi.org/10.51573/Andes.9789587987959.9789587987928>

El presidente que no fue

La historia silenciada de Gabriel Turbay

Olga L. González

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Historia y Geografía

Nombre: González, Olga L., autora.

Título: El presidente que no fue : La historia silenciada de Gabriel Turbay / Olga L. González.

Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia y Geografía, Ediciones Uniandes, 2025. | xxx, 470 páginas : ilustraciones ; 17 x 24 cm.

Identificadores: ISBN 978-958-798-795-9 (rústica) | 978-958-798-792-8 (e-book) | 978-958-798-798-0 (e-pub)

Materias: Turbay, Gabriel, 1901-1947 | Colombia – Política y gobierno – Siglo XX

Clasificación: CDD 923.2861--dc21

SBUA

Primera edición: abril del 2025

© Olga L. González

© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia y Geografía

Ediciones Uniandes

Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque Tm
Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: 601 3394949, ext. 2133
<https://ediciones.uniandes.edu.co>
ediciones@uniandes.edu.co

Facultad de Ciencias Sociales

Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque G-GB, piso 6
Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: 601 3394949, ext. 5567
<http://publicacionesfaciso.uniandes.edu.co>
publicacionesfaciso@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-798-795-9

ISBN *e-book*: 978-958-798-792-8

ISBN epub: 978-958-798-798-0

DOI: [https://doi.org/10.51573/](https://doi.org/10.51573/Andes.9789587987959.9789587987928)

Andes.9789587987959.9789587987928

Corrección: Yecid Muñoz

Diagramación: Angélica Ramos

Diagramación de cubierta: Boga Visual

Imagen de cubierta: dibujo de Gabriel Turbay
Abunader por Héctor Osuna

Impresión:

Nomos Impresores

Diagonal 18 Bis n.º 41-17

Teléfono: 601 2086500

Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Este libro cuenta con el aval de la Facultad de Ciencias Sociales y fue sometido a evaluación de pares académicos.

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 000194 del 16 de enero del 2025, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A mis padres

*Una sociedad se define no solo por su actitud
ante el futuro sino frente al pasado: sus
recuerdos no son menos reveladores que sus
proyectos. Aunque los [colombianos] estamos
preocupados —mejor dicho, obsesionados—
por nuestro pasado, no tenemos una idea
clara de lo que hemos sido. Y lo que es más
grave: no queremos tenerla. Vivimos entre
el mito y la negación, deificamos a ciertos
períodos, olvidamos a otros. Esos olvidos son
significativos; hay una censura histórica como
hay una censura psíquica. Nuestra historia
es un texto lleno de pasajes escritos con tinta
negra y otros escritos con tinta invisible.*

Octavio Paz, *Las trampas de la fe*
(cambiando México por Colombia...)

*Cuando sea tiempo, diré quiénes y
cómo traicionaron a Turbay.*

Jorge Eliécer Gaitán

*Si Colombia le hubiera entregado la
Presidencia, otra muy distinta había sido
nuestra historia, comenzando porque la época
de la violencia nos la habríamos ahorrado.*

Carlos Lleras Restrepo

*Ante este hombre hay un desconocimiento
que es una injusticia histórica.*

Gustavo Petro

Contenido

Prólogo · xv

Diario de un libro · XXI

Primera parte

Un fenómeno político llamado Gabriel Turbay · 1

1 Jorge Eliécer Gaitán y Gabriel Turbay: destinos paralelos · 3

Juntos en el debate de las bananeras · 3

Años de formación · 5

Primeras luchas políticas · 12

2 El arquitecto de la victoria liberal · 21

3 Un treintañero en la cumbre de un Estado débil · 37

**4 El político moderno (Turbay) y el agitador (Gaitán)
transforman la política en los años treinta · 61**

El partido y las masas · 61

Modernización del Estado y agitación agraria · 65

Reforma penal y defensas penales · 69

Derechos de las mujeres · 75

5 Dos luchas emblemáticas de Gabriel Turbay: (1) el Concordato · 83

Delimitar la influencia de la Iglesia y renegociar el Concordato · 83

6 Dos luchas emblemáticas de Gabriel Turbay: (2) el antifascismo · 109

Turbay, diplomático y antifascista · 109

También en Colombia, Turbay enfrentaba a los fascistas · 122

Segunda parte

La campaña crucial de 1946 · 133

- 7 Turbay y Gaitán: los dos candidatos rivales en 1946 · 135**
 Los candidatos · 135
 La selección del candidato · 137
 Gaitán y Turbay, grandes diferencias de tono · 145
 Gaitán y Turbay, grandes diferencias de ideas · 146
- 8 Una campaña electoral bajo el signo de la traición o el
 sabotaje de los jefes liberales a Gabriel Turbay · 163**
 Un contexto político turbio · 166
 Desarrollo de la campaña o el sabotaje en forma a
 la candidatura de Gabriel Turbay · 167
- 9 Los «oligarcas» del Partido Liberal unidos contra Gabriel
 Turbay o el porqué de la traición y la desconfianza
 de los conciliábulos bogotanos · 203**
 Los elementos de la intriga · 205
 Gabriel Turbay y su compromiso con los
 principios liberales de izquierda · 206
 Gabriel Turbay, candidato de la provincia · 209
 Independencia de Gabriel Turbay frente a los intereses
 de clase y el pacto entre caballeros · 215
 Independencia de Gabriel Turbay frente a los clanes familiares · 227
 Conclusión · 236
- 10 Cuando Laureano Gómez le hacía campaña a Gaitán · 239**
 El apoyo de los conservadores a Gaitán durante
 la campaña electoral · 240
 Una historia de afinidades entre Gaitán y el Partido Conservador · 251
 El apoyo conservador, un elemento clave para Gaitán · 267
- 11 Una campaña racista contra Turbay · 277**
 El espacio público invadido de racismo · 281
 Racismo contra Turbay antes de la campaña electoral de 1946 · 285
 Racismo contra Turbay durante la campaña electoral de 1946 · 290
 Los intelectuales racistas cercanos a Gaitán · 309
 La violencia física contra Turbay · 320
 Conclusión · 324

**12 El Partido Comunista y los sindicatos
en la campaña electoral de 1946 · 329**

Tercera parte

Preguntas para hoy · 361

**13 ¿Por qué la ausencia de Gabriel Turbay
en la historiografía colombiana? · 363**

Errores, olvidos, tergiversaciones · 363

Ausencia de problematización, problemas metodológicos
y peso del relato prefabricado · 369

14 1946, año crucial y lecciones para hoy · 381

Un año pivote en la historia reciente de Colombia · 382

Errores de Gabriel Turbay · 386

Qué se perdió con el fin de la República Liberal · 388

La República Liberal y su aporte a la modernidad del país · 393

Desde 1947 hasta hoy, ¿qué perspectivas hay para la izquierda? · 395

Partidos políticos en la era del narco y debilidad de la izquierda · 399

Desafíos para la izquierda de mañana · 401

Cronología, anexos y bibliografía · 405

Cronología · 407

**Anexo 1. Delegados que firmaron la proclamación
de Gabriel Turbay a la Presidencia, 1946-1950 · 427**

Anexo 2. Mensaje al liberalismo de Gabriel Turbay · 431

Anexo 3. Germán Arciniegas sobre Gabriel Turbay · 437

Bibliografía · 441

Prólogo

ESTE LIBRO NO es solamente un trabajo sobre un hombre notable. Es también un libro sobre un proyecto político abortado.

Lo que sucedió en la elección de 1946 fue definitivo para Colombia. La pérdida de las elecciones para el liberalismo y la restauración conservadora no podían salir bien. Un hombre había vaticinado que, de producirse el regreso de los conservadores —tal y como estaban en ese momento, bajo la influencia del sectarismo laureanista y con el ánimo de revancha—, inevitablemente se perfilaba para el país una senda de destrucción y violencia. Ese hombre había luchado durante toda su vida política para ampliar la democracia en Colombia, asegurar el pluralismo y combatir las fuerzas oscurantistas.

Este libro cuenta la historia, la trayectoria política, el pensamiento y las realizaciones de Gabriel Turbay. Cuenta también la forma como se urdió el complot contra su candidatura presidencial: detalla el rol detestable que tuvo Alfonso López Pumarejo en esa maquinación, explica el papel nada honroso de Jorge Eliécer Gaitán y cuenta con detalle cómo fue esa elección de 1946, que definió para mal el destino del país.

Mi propósito es proponerle al lector un viaje al pasado con uno de los hombres públicos menos conocidos de la historia reciente de Colombia. Un hombre con el que la política, que hoy nos aparece en su forma más detestable, tuvo contenido y norte.

Como la mayoría de los colombianos, incluso de los estudiosos de la historia nacional, yo no conocía gran cosa de Gabriel Turbay. Tenía la imagen que nos ha llegado: un personaje gris, un segundón, un miembro de la detestada oligarquía, y el palo en la rueda del verdadero líder del pueblo, es decir, de Gaitán. Las circunstancias que me llevaron a interesarme por Turbay, a indagar un poco más, a despojarme de mis prejuicios negativos, son anecdóticas.

Mi padre me había contado que, de niño, vio muros de Bucaramanga completamente cubiertos con pequeños afiches «Turco no» cuando iba a haber manifestación de Turbay. El profesor Daniel Pécaut también había comentado, pero sin hacer particular énfasis, que el racismo hacia Turbay lo había

impresionado cuando se sumergió en la documentación para su importante libro sobre Colombia en los años 1930-1953. Estos indicios, que seguramente otros antes habían escuchado, probablemente con más detalles que yo, fueron de las pocas cosas que había oído sobre Turbay.

Indicios muy débiles pero, para la migrante que soy, significativos. Soy colombiana y, como cientos de miles de compatriotas, he vivido por fuera del territorio nacional varios años. Sé qué es el prejuicio contra el extranjero, sé qué es el racismo, sé bien qué «marca» llevan los descendientes de migrantes. Gabriel Turbay era hijo de migrantes libaneses que habían llegado a Colombia a finales del siglo XIX, «procurando siempre dignificar la hospitalidad que se les rendía y honrar la fe que pusieron en la Constitución colombiana de que bajo este cielo éramos iguales todos los hijos de la patria», como decía él. Turbay tuvo fe en ese país que escogieron sus padres y donde él nació. Y, en efecto, logró escalar a posiciones muy altas. Fue uno de los hombres más importantes de su generación, para luego quedar sepultado en el olvido. Todo esto despertaba mi curiosidad.

Comencé entonces a examinar la bibliografía sobre la historia política de los años treinta y cuarenta en Colombia. El problema es que no me aclaraba nada. Muchos manuales recitaban la misma narración, el mismo relato, e incluso empleaban la misma fórmula para referirse a Turbay: «Candidato de la oligarquía». En las tesis académicas y en los artículos universitarios encontraba las mismas fórmulas hechas, aceptadas sin discusión. Por lo tanto, si quería saber quién era ese hombre gris, iba a tener que arreglármelas de otra manera (en el acápite que sigue a este prólogo explico cuál fue el procedimiento metodológico que seguí, cuáles fueron mis fuentes y hallazgos).

Lo cierto es que, a medida que descubría a Gabriel Turbay, aparecían evidencias de que era imperativo examinar el período con otros ojos. Para ello, era necesario atender el contexto, escuchar los debates que agitaban a nuestro país hace tres generaciones, volver a las fuentes primarias, establecer una cronología clara, referir temas que repercuten aún hoy en nuestra cultura política.

Mi intención al contar la trayectoria política de Gabriel Turbay es compartir con el lector estos descubrimientos, hacerlo partícipe de esta exploración por nuestra historia.

El tono de este libro no es de fría neutralidad. Aunque riguroso, este trabajo no es la transcripción de una disertación doctoral. Es un libro comprometido con ciertos valores, con la idea de ampliación de la democracia, de los derechos y del pluralismo. En ese sentido, es un libro comprometido con el presente y con nuestro devenir como nación. Aunque centrado en un personaje relegado por la historiografía nacional, busca suscitar interés y discusiones sobre este ideario. Pienso que los colombianos, aún en este siglo XXI, estamos ligados emocionalmente a los protagonistas y hechos de la primera mitad del siglo XX.

Ese período despertó grandes pasiones, las sigue despertando, y creo que con justa razón, pues en esos años, aún no suficientemente estudiados, se sentaron muchas de las bases de lo que devino Colombia.

Por todas estas razones, la mía no es una mirada nostálgica. Una de mis motivaciones principales ha sido dialogar con el presente, sacar lecciones, si es el caso, pues esa veta que estaba siguiendo, esos hallazgos, arrojan luz sobre nuestro presente. Ese pasado contenía o permitía explicar muchos aspectos de nuestra cultura política, de lo que existió y de lo que se perdió. Permitía entender lo que pudimos haber sido como país.

Este libro cubre un espectro que va desde el final de los años veinte hasta 1946, es decir, desde la caída del gobierno conservador hasta la caída del gobierno liberal. Con la distancia que da el tiempo, este interregno, los dieciséis años de gobiernos liberales, aparece como una excepción en el siglo xx colombiano. Fueron años de cambios y realizaciones, de intensa movilización social, de inicios de la secularización y, sobre todo, de gestión de las diferencias políticas por las vías democráticas.

Estas realizaciones fueron el resultado, en primer lugar, de las grandes movilizaciones obreras y campesinas. Pero también fueron consecuencia del trabajo político hecho por dirigentes del ala izquierda del Partido Liberal. Sobresalen desde el final de los años veinte Jorge Eliécer Gaitán y Gabriel Turbay, dos figuras que tendrán gran protagonismo durante todo el período. Sobre el primero existe sobreabundancia de producción. Hace parte de la memoria nacional y es una figura invocada por la izquierda colombiana, e incluso la latinoamericana. Del segundo se ha perdido la memoria casi por completo.

Este libro es, por tanto, el resultado de una necesidad. Tiene cuatro objetivos: el primero, hacerle justicia a un hombre que fue importante para la vida política colombiana; el segundo, narrar los hechos como realmente sucedieron (y aportar las evidencias); el tercero, interrogar algunos mitos que se han instalado en el relato de los años treinta y cuarenta en Colombia; el cuarto, establecer un diálogo con los interrogantes de nuestro presente.

Con respecto al primer punto, debo precisar que este libro no se propone hacer una biografía de Gabriel Turbay (es una tarea loable pero descomunal). Tampoco se propone acumular datos sobre su vida para botarlos fríamente sobre el papel. Considero mucho más rico intentar un ejercicio de descentramiento. Es decir, un trabajo en el cual se proyecte el foco sobre Turbay, de modo que logremos identificarlo en medio de las tensiones que atravesó y singularizarlo entre sus contemporáneos. En este recuento se verá despuntar también la figura de Jorge Eliécer Gaitán, su estricto contemporáneo, con el que compartió origen social y liderazgo, que fue su aliado y rival en momentos clave de su vida. En el libro aparecerá a menudo este contrapunteo, que se justifica tanto más cuanto para la posteridad sus dos nombres suelen estar asociados.

El segundo aspecto que quiero resaltar es la voluntad de narrar los hechos como realmente sucedieron. Esto vale sobre todo para la campaña política de 1946, sobre la que ofrezco un trabajo que creo no se ha hecho aún. Como muchos estudiosos de la historia colombiana, tenía una visión borrosa de esas elecciones presidenciales. El trabajo que realicé, con fuentes diversas, con revisión de prensa, examina de cerca esta crucial campaña electoral. En 1946 ocurre la debacle del Partido Liberal. Había logrado conquistar el apoyo popular, modernizar las elecciones, cambiar aspectos importantes de la sociedad y la política, modificar el imaginario de la nación. No era perfecto, pero nos acercaba más a una sociedad democrática y moderna que el proyecto contrario. ¿Por qué, teniendo las mayorías y el apoyo del pueblo, se cayó el Partido Liberal? En este trabajo considero una hipótesis según la cual cabe gran responsabilidad a varios de sus jefes, y en particular a quien fuera su jefe máximo, Alfonso López Pumarejo.

En tercer lugar, este libro interroga algunos mitos bien instalados en la cultura popular e incluso en la cultura historiográfica. Desmonto el prejuicio según el cual Gabriel Turbay fue el candidato de la oligarquía liberal. Examino la dimensión racista de la campaña, en particular el racismo y la xenofobia contra Turbay por parte de seguidores de Gaitán, incluidos notables intelectuales. Ahora bien, el principal mito que interrogo es el que ha hecho de Gaitán una figura santificada, incuestionable como hombre y como político. Entramos en el campo de las paradojas: es verdad que existe una producción más que abundante sobre Gaitán, pero la mayor parte de estos trabajos se refiere a los episodios traumáticos de su asesinato. ¿Hasta qué punto esta profunda herida en la sociedad colombiana nos ha impedido contar al Gaitán de antes de 1947? ¿No será hora de deslindar el Gaitán mito del Gaitán hombre?

Como se aprecia, examinar la vida y obra política de Gabriel Turbay es comenzar a levantar velos sobre aspectos importantes de nuestra historia reciente. Es también comprobar una vez más, con Walter Benjamin, que la historia no la escriben los perdedores, pero que examinar el punto de vista del perdedor es iluminador.

Como último punto, este libro busca también responder a la pregunta por las ideas y prácticas políticas de los años examinados, y por sus ecos en el presente. Se verá que los mecanismos de la propaganda política y la desinformación sí se inventaron ayer. Nos detendremos en algunos interrogantes de actualidad. ¿En qué medida el repertorio de prácticas políticas de ayer influye en el de hoy? ¿Sabemos que existió un liberalismo de izquierda de tipo rooseveltiano, no anticomunista, no totalitario, organizado como partido? ¿Sabemos que la movilización social de los años treinta empujó hacia transformaciones sociales de envergadura? ¿Pueden esas experiencias servirnos de horizonte hoy? ¿Qué peso les hemos dado a las ideas en la discusión pública?

¿Han sido las pasiones y las emociones las formas dominantes del debate público? ¿Qué valores, movidos por quiénes, han contribuido a que Colombia sea grande y justa, y cuáles no? ¿Existe un lugar hoy para una izquierda o un progresismo no exclusivamente populistas? ¿Nos pueden servir de brújula estas experiencias?

Este es el trabajo de una historiadora, socióloga y politóloga. Esas tres disciplinas nutren las preguntas, el marco con el que abordo el estudio de Gabriel Turbay y de estos temas. He tratado de hacer una presentación clara, abordable para el neófito, para el que no conoce a los personajes de esta trama. Sin embargo, el libro busca también dirigirse a la comunidad de especialistas, estudiosos de la historia. Un amplio corpus de notas a pie de página completa y enriquece muchos de los temas abordados.

La estructura del libro es la siguiente: inicio contando cómo fue posible acumular el acervo documental para realizar la investigación, a la vez que doy cuenta de las aventuras y encuentros más o menos extraordinarios con personas que colaboraron o impulsaron este proyecto.

Posteriormente, el lector entra en materia propiamente dicha: la primera parte, —es decir, los seis primeros capítulos— trata sobre Gabriel Turbay hasta 1946. Examinó al provinciano hijo de migrantes libaneses; narro la epopeya de cómo el Partido Liberal conquistó el poder en 1930; analizo las acciones del brillante ministro de Gobierno de 32 años y su estela de reformas administrativas; examino el encuentro de Gabriel Turbay con la otra gran figura del ala izquierda del Partido Liberal, Jorge Eliécer Gaitán; abordo dos luchas titánicas de Turbay, que son también dos defensas del núcleo del pensamiento liberal: la reforma del Concordato, y la lucha antifascista.

La segunda parte —es decir, los capítulos séptimo a duodécimo— se ocupan de la campaña presidencial de 1946. En esta sección presento a los dos rivales, Turbay y Gaitán —en efecto, la campaña fue entre ellos dos, pues el candidato conservador sólo apareció un mes antes de elecciones—. Recuerdo cómo fueron escogidos, así como los planteamientos y métodos de cada uno. Analizo la campaña en los bastidores de la jerarquía liberal y presento unas hipótesis sobre las razones por las cuales Gabriel Turbay no tuvo el apoyo de Alfonso López Pumarejo ni de otros altos dirigentes del partido. También examino aspectos poco conocidos de esta campaña, como el apoyo de Laureano Gómez y de *El Siglo* al candidato Gaitán o la cruzada infamante, el racismo del que fue objeto Gabriel Turbay. Me detengo en la posición del Partido Comunista y de los sindicatos en esa campaña y muestro por qué no podían apoyar a Gaitán.

La tercera parte contiene reflexiones que destino directamente al lector: el capítulo décimo tercero condensa algunas preguntas que lanzo a la comunidad de historiadores profesionales y amateurs, y a quienes se interesan por la

transmisión de la memoria. Indago por las razones de la ausencia de Gabriel Turbay en la historiografía y la memoria popular. El capítulo décimo cuarto sintetiza el trágico sino del progresismo desde el momento de la caída de la República Liberal en 1946: recuerda la magnitud de La Violencia después de 1947, el pacto de las élites de los dos partidos con el fin de detenerla, alternarse en el poder y cerrar el sistema político (1958-1970); el auge de las guerrillas revolucionarias y la poderosa influencia de la lucha armada en la izquierda (1960-2000), la represión estatal y la penetración mafiosa en muchas instancias (años ochenta al presente). Consciente de que actualmente no existe un partido de izquierda, sino liderazgos caudillistas, emerge la pregunta política para hoy: ¿Qué hacer? ¿De qué forma inciden en nuestros imaginarios y práctica política las representaciones y modalidades del pasado? ¿Tiene algo que decirnos el mensaje político de Gabriel Turbay para apuntar hacia un partido progresista en Colombia?

El libro incluye una cronología: corren, en paralelo las vidas de Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, y los principales eventos colombianos y mundiales en el período estudiado. Dos anexos con documentos de interés histórico completan el volumen. Anotemos que este libro contiene, asimismo, un rico material gráfico (imágenes de prensa, fotografías, caricaturas) que será provechoso para conocer mejor el contexto de este ilustre colombiano que fue Gabriel Turbay.

Diario de un libro

EL TRABAJO PARA hallar documentación sobre Gabriel Turbay ha sido una aventura humana, bibliográfica y de archivo. Quiero en estas páginas contar algunas de las peripecias que he vivido, que son a la vez una reflexión sobre nuestro sistema de conservación de documentos y patrimonio público, un reconocimiento al trabajo del librotejero y una consideración sobre la forma como se labran encuentros en tiempos de redes sociales.

Empiezo por el principio: ¿Cómo investigar acerca de un personaje sobre el que la memoria viva ya casi no existe y del que hay escasos registros en publicaciones?

Turbay murió en 1947. Las últimas personas que tuvieron pleno conocimiento de su actividad política tendrían hoy, en el 2025, más de cien años. Los hijos de esa generación que lo conoció o supo quién era —es decir los hijos de los nacidos entre 1900 y 1930—, tienen como mínimo setenta años. Y no necesariamente recuerdan gran cosa de ese hombre del que, quizá, les contaba su papá (hablo en masculino porque en los años de vida de Gabriel Turbay, el ejercicio de la política estaba restringido a los hombres). Así que, salvo muy contadas excepciones (y tuve la fortuna de conocer algunas), las fuentes orales sobre Gabriel Turbay son prácticamente inexistentes.

Es necesario acudir a la documentación escrita. Gracias a las bases de datos bibliográficas, tuve conocimiento de los tres libros que existen sobre Gabriel Turbay. Todos fueron publicados hace varios años (el más reciente es de 1988); ninguno está disponible en ediciones recientes, ya sea en librerías o en el mercado editorial. Para agregar un nivel más de dificultad, no resido en Colombia sino en Francia, y sabía que ninguna de las bibliotecas de este país tenía esos volúmenes. Tenía que lograr recuperarlos en Colombia y hacérmelos enviar de alguna manera.

Aquí debo hacer el primer reconocimiento: fue gracias a los libreros de segunda, y en especial al amigo Álvaro Castillo, que pude acceder a dos de estos libros. El primero fue escrito por Gonzalo Buenahora en 1948; el segundo, por

Agustín Rodríguez Garavito en 1977. Buenahora escribió su libro de un jalón, no sé si en prisión (a él lo metieron a la cárcel por organizar una comuna en Barrancabermeja después del Bogotazo). Rodríguez Garavito fue un prolífico autor de biografías, hoy bastante desconocido.

Mientras en Bogotá mi amigo librero y mis padres se procuraban esos libros, pude, gracias a internet, iniciar algunas pesquisas. Es costumbre en los círculos intelectuales denigrar de internet. Yo debo decir que me fue de gran ayuda. En la inmensa red desordenada encontraba datos, extractos de prensa, alguna foto, alguna mención. Reviso los materiales que encontré en esa época: una nota del periodista Antonio Oviedo en *El Tiempo*, un viejo diario suizo sobre la decisión de reconocer a la URSS en 1935 (decisión que fue tomada por iniciativa de Turbay), así como menciones marginales a Turbay en textos universitarios dedicados a la época.

Gabriel Turbay fue un gran orador y también un gran expositor del discurso escrito. En vida no se editaron todos sus discursos, que fueron muchos, pero sí varios de los que dio durante su campaña electoral de 1946. Cuando conocí la existencia de ese libro originalmente publicado en 1946, *Las ideas políticas*, y me di cuenta de que también me iba a ser imposible consultarlo, pues no ha sido reeditado, recordé, por medio de mi madre galanista, que Luis Carlos Galán se había formado con los discursos de Turbay. Él fue el último político colombiano que apreció y conoció a Turbay (Horacio Serpa, posteriormente, le dedicó unas palabras, pero lo descubrió ya siendo un político maduro). Me puse en la tarea de tratar de contactar a miembros de la familia Galán que de pronto tuvieran ese libro. En efecto, Gabriel Galán, hermano de Luis Carlos, me hizo llegar una reproducción.

Ya para ese momento, había empezado a descubrir cierto número de cosas que empecé a compartir por redes. Desde hace un buen tiempo escribo con regularidad en línea. Tengo ahora varios amigos a quienes nunca he visto (y que no sé si algún día veré). Esa comunidad virtual, esos colombianos de dentro y fuera del territorio nacional, de muchas edades y círculos, fueron mis primeros interlocutores sobre Gabriel Turbay. Claro está, fue preciso que ellos dejaran el prejuicio. Como muchas otras personas que he conocido personalmente, ellos reaccionaban alérgicamente a la sola evocación del apellido «Turbay»: en Colombia se lo suele relacionar con Julio César Turbay Ayala, presidente entre 1978 y 1982, que reprimió duramente a opositores y militantes de izquierda. Muchas veces he tenido que explicar que el expresidente Turbay no tenía ningún lazo familiar con Gabriel Turbay Abunader (y aun en el supuesto de que fueran familiares, los delitos de sangre no existen, intento argumentar).

A medida que mi investigación avanzaba, aún de modo fragmentario, se iba dibujando una figura muy interesante, muy diferente de la que me habían transmitido los manuales de historia. Conforme compartía los hallazgos en

redes, me iban llegando más mensajes. La gente me escribía: «Por fin entendí por qué mi papá era turbayista, yo nunca había podido comprender que lo prefiriera a Gaitán». Otros me enviaron alguna foto, algún recuerdo de Gabriel Turbay. El nieto del autor de la única escultura que existe en Colombia de Gabriel Turbay, Carlos Julio Gómez Castro, me contó la gran admiración de su abuelo artista por el político santandereano...

En posteriores viajes a Colombia, tuve la oportunidad de conocer personalmente a algunos de estos amigos virtuales. Algunos asistieron a charlas que di, otros abrieron generosamente sus ricas bibliotecas, varios difundieron mis columnas de prensa o entrevistas sobre Turbay. Notaba que el interés en redes aumentaba, que había una sed de saber, de entender mejor nuestros procesos. Por eso pienso que es falso decir que lo que sucedió hace setenta u ochenta años no nos incumbe, sobre todo cuando hablamos de un período histórico tan vibrante. Las nuevas generaciones quieren conocer una historia que no les han contado. Esa sana curiosidad es muy positiva.

Con paciencia y pasión, seguía avanzando en la investigación. Consultaba libros y documentos valiosos en las bibliotecas. En la Bibliothèque Nationale de France, por ejemplo, pude consultar un bello volumen publicado en Beirut en 1943, titulado *Les libanais de Colombie: de Latouf à Turbay, exemples et leçons*, donde se dedica una sección a Turbay. Gracias a Google pude leer el archivo del diario *El Tiempo* (paradojas de la mundialización: esta compañía, cuestionada con justa razón por evasión de impuestos y prácticas de *Big Brother*, ha realizado la digitalización de numerosos periódicos del mundo). Poder leer este periódico de referencia en línea me permitió avanzar mucho en este trabajo. La Biblioteca Nacional de Colombia también ha digitalizado algunos números de viejos periódicos y revistas, que igualmente fueron una buena ayuda. Por medios digitales desfilaba la prensa de años pasados, y era como ver una película desconocida, la del propio país.

En este punto, ya habían llegado a mí los dos títulos citados y uno más: la familia de Gabriel Turbay me envió el libro de Eduardo Durán Gómez, publicado en 1988, que contiene una síntesis biográfica, homenajes al momento de su muerte y los discursos publicados originalmente en 1946. Estos tres libros aportan elementos al rompecabezas general, pero quedaba claro para mí que ninguno satisfacía mis expectativas. No tendría otra solución que escribir uno.

Mi propósito ha sido publicar un trabajo que se apoye en la gran investigación que he realizado, que sea accesible al público no especialista, pero que plantee claramente las preguntas que, en mi opinión, se deben discutir en la comunidad de historiadores. Hay preguntas serias sobre los hechos, sobre los olvidos, sobre la interpretación; son preguntas que tienen plena vigencia. Quiero también estimular a futuros investigadores y contribuir a la reflexión sobre las ideas políticas en Colombia.

Para escribir este libro consulté muchos trabajos anteriores, hoy inéditos (todos indicados en la bibliografía, y muchas veces detallados en las notas a pie de página). Gracias a Turbay descubrí grandes plumas que nadie lee hoy (como sus contemporáneos Juan Lozano y Alejandro Vallejo), columnistas que fueron muy importantes a escala regional (como «el Tuerto» Luis Enrique Figueroa) y periodistas agudos (como Atilio Velásquez). Consulté los escritos o discursos de las figuras políticas de primer plano (desde Jorge Eliécer Gaitán hasta Carlos Lleras Restrepo, además de los presidentes de su época). También examiné los trabajos dedicados a la sociedad colombiana de esos años, donde se le menciona (Álvaro Tirado Mejía, Daniel Pécaut, Gerardo Molina, Herbert Braun, entre otros). Leí cientos de artículos y libros universitarios, principalmente de historiadores. En estos, el nombre del rival de Gaitán aparece, pero no ha sido objeto de estudio (salvo algunas excepciones, en particular el trabajo de Sebastián Guerra sobre la cédula electoral).

Pude acceder a muchos de estos libros, hoy inéditos, en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca Luis Ángel Arango. También pude consultar mucha prensa en las hemerotecas de estas dos instituciones. Además de *El Tiempo*, consulté *El Siglo*, *Jornada*, *El Espectador*, *Vanguardia Liberal*, *Batalla*, *Diario Popular*, *El Liberal*, *Sábado*, *Semana*, *El Colombiano*, *El Demócrata*, *Cromos* y otras publicaciones periódicas.

Acceder a estos documentos no siempre fue fácil, y quiero mencionar algunos de estos obstáculos porque considero relevante una reflexión pública sobre las colecciones y los patrimonios. Me apoyé en los ejemplos concretos de mi búsqueda, pero muy seguramente estos asuntos ocurren con alguna frecuencia.

Quiero detenerme, por ejemplo, en algunos de los problemas que tuve para consultar los ejemplares de *Jornada*, el diario de Gaitán. Amén de las restricciones ligadas a la pandemia (límite de número de visitantes, cuarentena de cada ejemplar que uno consultara, con lo que se volvía imposible trabajar sobre un mismo ejemplar por varios días, tope del número de documentos prestados), se sumaban otros problemas. La colección completa del periódico no se encuentra en ninguna biblioteca de Colombia. La Biblioteca Nacional tiene la mejor colección de este diario, pero faltan muchos números, y en los ejemplares existentes han sido literalmente mutiladas páginas enteras.

Otros diarios muy importantes de la época fueron inaccesibles. La Biblioteca de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño, reputada por ser la mejor biblioteca colombiana de historia política del siglo xx, tiene grandes problemas: cuando estuve en sus locales, me informaron que colecciones enteras estaban siendo botadas a la basura por falta de espacio o por malas condiciones de conservación.

Mención aparte merecen los fondos de los diarios más importantes de la época, *El Tiempo* y *El Espectador*. Estos dos medios tenían, o tuvieron, algunos

de los mejores registros fotográficos de la Colombia del siglo xx. Allí estuve indagando por fotografías de Turbay, que en su época fue tan importante y conocido como Alfonso López, Eduardo Santos o Gaitán. Desgraciadamente, de esos fondos no queda gran cosa, y lo peor: parece ser que lo que aceleró la pérdida de buena parte del archivo fotográfico fue la compra de estos periódicos por grandes emporios económicos. «Eso se perdió a finales de los noventa, cuando el Grupo Santodomingo compró el periódico y salieron de archivos», me dijeron en *El Espectador*.

Algo similar me ocurrió con los archivos del Partido Liberal, uno de los dos grandes partidos históricos de Colombia. Pese a varias llamadas insistentes y mensajes en su sitio, no fue posible ubicar nada. Del mismo modo, no fue posible ubicar un archivo de documentos del dos veces presidente Alfonso López Pumarejo (se rumora que existe un baúl guardado por su familia). Surge la pregunta por el interés del partido y de la familia López por su propia historia. En contraste, el fondo Eduardo Santos, conservado en la Biblioteca Luis Ángel Arango, es una verdadera mina para los historiadores de la Colombia contemporánea.

En otros lugares sufrí contratiempos para acceder a los documentos. No puedo relatar todo con detalle, solo mencionaré el caso del archivo de la Universidad Industrial de Santander. Esta, una de las mecas de las ingenierías en Colombia, con sofisticados e «inteligentes» edificios, dispone de un archivo ubicado en una suerte de sótano. No hay propiamente sala de consulta, sino un pedazo de corredor con tres o cuatro mesas a donde van a veces los estudiantes a almorzar. Este archivo tiene documentos valiosos sobre la ciudad de Bucaramanga y el departamento de Santander. Allí fui a dar, en búsqueda de algunos documentos precisos, como las actas de la Asamblea de Santander de fines de los años veinte, donde inició su carrera política Gabriel Turbay. Por desgracia, tuve la desagradable sorpresa de constatar que el archivo de la UIS no tiene catálogo.

Por suerte trabaja allí un muy amable bibliotecólogo que, es fama, «conoce todo lo que existe». Me ayudó en cuanto pudo, y se lo agradecí. Ahora bien, más allá de los felices lazos humanos que se crean, pienso que esta es una solución a medias, pues él no tiene necesariamente todos los documentos en mente y, aun si los tuviera, no es inmortal. Si llega a fallar o a faltar, difícilmente se sabrá lo que hay en el archivo.

Podría multiplicar ejemplos de este tipo. Por desgracia, no se salvan tampoco grandes instituciones como el Archivo General de la Nación: allí, el catálogo es muy imperfecto, a menudo defectuoso; es frecuente tener que acudir a un bibliotecólogo, cuya memoria es falible. En la Biblioteca Luis Ángel Arango también hay problemas: en el catálogo hay referencias que no existen en el archivo y en el rico fondo de Eduardo Santos hacen falta documentos. Esto,

para no hablar de los fondos del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde Gabriel Turbay hizo una gran labor. Sería fundamental poder consultar estos fondos. El problema es que ubicar los archivos oficiales de esta institución se asemeja a una labor de detectives: de partida, no están donde deberían estar, es decir, en la biblioteca de la Cancillería. En mi pesquisa, me dijeron que estaban «arrumados en unas cajas de una oficina donde se expiden pasaportes», pero fue imposible ubicar dichas cajas o tener un interlocutor que se interesara medianamente por los archivos de esta institución. Algo similar podría decirse del Hospital San Juan de Dios de Bucaramanga, donde Gabriel Turbay ejerció como médico en los años veinte. Personas informadas me comentaron que dicho archivo existió hasta cuando llegó algún director que consideró que todo eso era «basura».

Si refiero todas estas anécdotas es porque, al parecer, no tenemos muy presente la noción de *patrimonio*. El patrimonio no es solo inmaterial (música, viche), sino también material; no es solo arquitectónico (murallas, monumentos), sino también memorístico. ¿Está Colombia interesada en conservar su propia historia? ¿Por qué la situación tiende a degradarse cada vez más? Varios investigadores habituados al trabajo de archivo comparten en redes las dificultades para acceder a fuentes y fondos, y afirman que las dificultades han aumentado. Me gustaría que se generaran discusiones sobre estos temas, que tomáramos conciencia de que conservar la memoria escrita, la prensa, los documentos, supone fondos, especialistas (catalogadores, bibliotecólogos), espacios e infraestructura dedicada.

Para ser justos, debo también mencionar los fondos con los que tuve muy buenas sorpresas, que son prueba de que la desidia por los archivos no es un mal atávico. Gracias a un amigo historiador que conocí en redes virtuales, Arnovy Fajardo, a quien le agradezco especialmente, descubrí el fondo José Joaquín Castro Martínez, en el Archivo Histórico de la Universidad Externado, así como el excelente museo recientemente inaugurado.

A medida que avanzaba el trabajo, se fue volviendo evidente que el nombre de Gabriel Turbay merecía ser recordado en su ciudad natal, Bucaramanga, en el aniversario 75 de su muerte. Con la complicidad y profesionalismo de Armando Martínez, presidente de la Academia de Historia y eminente historiador santandereano, y de Clara Blanco de Galvis, miembro de número de la Academia de Historia de Santander, y con el equipo dinámico y colaborador del Museo Casa de Bolívar de Bucaramanga, organizamos el Simposio Conmemorativo Gabriel Turbay en septiembre del 2022. Con los historiadores Rodrigo Llano, Leidy Landazábal, Sebastián Guerra y Eduardo Durán reflexionamos sobre diferentes aspectos de Turbay, su época y circunstancias. La jornada cerró con un homenaje en el Parque Turbay, la única plaza y el único monumento que existen en torno a este hombre. En esa visita a

Bucaramanga tuve, además, la oportunidad de conversar personalmente con doña Edith Turbay, la sobrina y ahijada de Gabriel, hoy nonagenaria, sin duda la última persona en Colombia que vio sus ojos.

No puedo terminar este diario sin mencionar a los amigos y cómplices que se han interesado en esta aventura en alguna de sus etapas. A Gonzalo Sánchez, Daniel Pécaut y Ricardo Arias, lectores de este libro antes de su publicación, agradezco su tiempo y sus observaciones. Igualmente, agradezco a los evaluadores anónimos que buscó la Universidad de los Andes por sus observaciones y sugerencias. Agradezco al equipo editorial de la Universidad de los Andes, en particular a Juan Camilo González y Adriana Delgado, que siempre creyeron en este libro. A Héctor Osuna, por la autorización de uso de su dibujo, y a Germán Gaitán, por haberme facilitado algunas fotografías de Gabriel Turbay tomadas por su padre (Lunga). También a Yecid Muñoz, corrector de estilo atento, profesional, riguroso. Agradezco a los lectores de secciones de este libro, así como a los contertulios y amigos de esta investigación: Manuel Hernández, Fabiola Quintero Uribe, Eduardo Matyas, Sergio Méndez, Isabel Arroyo, Juan Alexis Acero, Álvaro Castillo, Felipe Arias, Roger Pita, Sebastián Guerra, Armando Martínez, Clara Blanco, el equipo del Museo Casa Bolívar de Bucaramanga, Luz Amparo Reyes, Brenda Escobar, César A. Ayala, Ana María Lara, José Antequera, Arnovy Fajardo, Juan Manuel Rodríguez, Juan Camilo Rodríguez, Eduardo Durán, Rodrigo Llano, Leidy Landazábal, Álvaro Marín, Sergio Mesa, David Troncoso, César Torres, César A. Torres, María Mercedes Turbay, Edith Turbay, Silvia Turbay Liévano, Gladys Turbay Liévano, familia Turbay Liévano, Gabriel Galán, Vicente Giordanelli, Carlos Javier Pérez, Ángela Jiménez, Julián Silva, Guillermo Pérez, Rosario Carriosa, Luis Carvajal, Carlos Cortés, Manuel Ruiz, Guillermo Fischer, Horacio Duque, Fidel Cano, Juan Carlos Iragorri, Pascual Gaviria, Francisco Flórez Bolívar, Santiago A. Monsalve, Mario Jursich, Gloria Lopera, Tomás Mantilla, Eduardo Sáenz Rovner, Samuel Whelpley, Catherine Mann, Dominique Lévy; a mis padres, Juan José y María Lucía, y a todos los amigos de redes sociales que siguieron el avance de esta investigación y la estimularon con su interés.

Primera parte

**Un fenómeno político
llamado Gabriel Turbay**

1

Jorge Eliécer Gaitán y Gabriel Turbay: destinos paralelos

LOS DESTINOS DE Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán están ligados de una curiosa manera. Las vidas de estos dos contemporáneos —nacieron con el siglo xx, se llevaban solo tres años de diferencia— corren paralelas, pero es como si uno fuera un río tormentoso y evidente, y el otro, uno de aguas profundas y secretas. Uno recibió la luz de todos los focos, mientras que el otro permanece en la penumbra.

En estas páginas quiero desplazar el foco: quiero sacar de la sombra a Turbay, quiero poner algunas luces en la vida del gran desconocido. Lo haré recordando de nuevo quién era Gaitán, pues el examen del medio social de estos dos hombres muestra evidentes afinidades. Origen modesto, no pertenencia a los círculos capitalinos del poder, creencia en la formación, horas consagradas a la educación y, sobre todo, temprana politización son características que ambos comparten.

Retomando sus recorridos iniciales quizá podremos entender por qué se dio la complicidad de esos dos jóvenes que investigaban sobre los crímenes de las bananeras. Puede que en este temprano compromiso hallemos pistas sobre lo que sucedió apenas diecisiete años después: la rivalidad entre ellos, que llevó al Partido Liberal a perder el poder y dio lugar a una nueva etapa histórica y sombría para Colombia.

Juntos en el debate de las bananeras

Año 1929. Dos hombres jóvenes investigan sobre un tema que el gobierno esconde y que deja indiferente a casi toda la clase política: los hechos realmente sucedidos en el municipio de Ciénaga, en la Costa Caribe, durante la gran huelga

de trabajadores del banano del año anterior. Gabriel Turbay (28 años) y Jorge Eliécer Gaitán (31 años), ambos parlamentarios desde hace menos de dos años, deciden armar un debate en el Parlamento.

No es tarea fácil: los congresistas conservadores saben eludir los debates de la oposición con tácticas bajas, como la de asignarles horas imposibles, acortar los tiempos o acudir a artimañas reglamentarias. El 3 de septiembre de ese año, Gabriel Turbay, acucioso, deja esta constancia en el recinto:

No se me escapa que ahora como siempre, se pretende buscarle al reglamento interpretaciones casuísticas para rechazar esta proposición, pretextando que hemos aprobado una reforma reglamentaria conforme la cual no es posible variar el orden del día.

No quiero adelantar nada sobre el fondo mismo de todos y cada uno de los procesos de las bananeras, en cuyo aspecto jurídico ya hará una amplia y documentada exposición el labio experto en estas materias del representante Jorge Eliécer Gaitán.

Juntos hemos estado escudriñando por aquellos oscuros socavones en donde el crimen podrido todavía expele su vaho pestilente y nauseabundo, y al mirarnos silenciosamente el uno frente al otro, en nuestro espíritu torturado, aplanado por el dolor que destilan esas páginas de incalificable ignominia, se ha preguntado cómo es que en un país de prensa libre, en un país de legalistas y repúblicos hayan pasado en silencio cómplice tan grandes atentados, tamañas afrentas a la soberanía, esos desafueros inauditos cometidos por la dictadura militar sin que un solo hombre de la nación se hubiere levantado para volver por los fueros de la justicia ultrajada y los principios de humanidad pisoteados burda y criminalmente.

Sé ciertamente que hay una reforma reglamentaria. Conforme a ella, estos asuntos solamente se discuten de las cuatro a las cinco de la tarde; pero para que ello pudiera suceder, sería indispensable que todos pudiéramos estar siquiera a las tres de la tarde, para que al menos durante dos horas la Cámara pudiera ocuparse en un asunto que en sí lleva envuelto el más grave, el más delicado problema de moral y hasta de soberanía nacional¹.

Los dos jóvenes políticos perseveran. Gracias a su empeño, Colombia se enterará de los hechos ignominiosos que hoy conocemos como «la masacre de las bananeras». Estas revelaciones fueron una estocada mortal para el declinante gobierno conservador.

1 Jorge Eliécer Gaitán, *Obras selectas. Tomo II*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1982, p. 209.

Años de formación

Si su trayectoria política fue paralela, sus orígenes, aunque diferentes, guardan algunas similitudes, en particular el hecho de que el estudio era un asunto importante en ambos hogares.

Es bien sabido que Gaitán nació en Bogotá. Se atribuye al barrio Las Cruces ser el lugar de su nacimiento, aunque su hija afirma que en realidad fue La Capuchina, en el centro de la ciudad. Son conocidos los oficios de sus padres: educadora ella y librero y tipógrafo él. Este origen, que hoy llamaríamos «de la empobrecida clase media», fue hábilmente explotado por el líder: en una época en que era necesario tener pergaminos para sobresalir en la política, Gaitán recordó a menudo, y en contraste, la pobreza de su cuna. En su casa había muchos libros, se valoraba la educación. De hecho, su maestra en los primeros años fue su propia madre, Manuela Ayala, una mujer que también quedó en la memoria y cuyo nombre está ligado a varios colegios de Cundinamarca.

Gabriel Turbay nació en un hogar formado por una pareja de migrantes maronitas —es decir, cristianos— provenientes del Líbano, que se habían instalado desde hacía poco en Bucaramanga (1897). Su padre, como muchos siriolibaneses que llegaron a América del Sur en esos años, se dedicó al comercio. Su hogar era sencillo: la prole era numerosa y tuvo que afrontar las experiencias y dificultades ligadas a la migración, como el desconocimiento de la lengua y las pocas conexiones con el medio social local. Pero lo importante, más que las privaciones, era el gran respeto por la cultura y la educación. Los padres hablaban árabe y francés (Líbano era protectorado francés), y Gabriel Turbay y sus hermanos hablaban también español, la lengua de la vida diaria en Bucaramanga. Turbay nació y fue bautizado en esa capital, detalle que tiene importancia, pues más adelante sus rivales se dedicarán a mentir sobre su nacionalidad. Cuando hablaba de la fecha y lugar de su nacimiento, Turbay siempre se refería a un acontecimiento que marcó a toda una generación: decía que el año de su nacimiento «desfilaban los ejércitos que se aprestaban a dar la batalla decisiva de Palonegro, que puso fin a la última guerra civil». Este hombre, cuyos ancestros procedían de Monte Líbano, sintió las batallas de esos hombres como propias.

Ni el provinciano de origen extranjero ni el bogotano de clase media estaban destinados a convertirse en dos de los hombres más sobresalientes de su generación. Ambos lograron elevarse por encima del determinismo sociológico y sortear su falta de fortuna. ¿En qué se apoyaron? Ambos tuvieron una base sólida, una educación de primer orden, además de una inmensa fuerza de voluntad.

El colegio donde se formó Gaitán era un auténtico experimento pedagógico de avanzada en Bogotá: en esa ciudad de unos cien mil habitantes, donde la

educación era regentada por diferentes órdenes religiosas, un hombre de ideas revolucionarias, una suerte de precursor de la sociología, había fundado una institución educativa que se conocía con su nombre, «Simón Araújo»². Dicen que en el frontón de la puerta de entrada estaba escrito: «Dios no existe». En este colegio, popular entre los liberales, el adolescente pudo codearse con los hijos de grandes familias liberales de la capital (los Caicedo, los Zea, los Escobar, los Reyes, los Suárez y los Salazar), además de relacionarse con profesores que eran líderes del Partido Liberal (como Eduardo Rodríguez Piñeres).

Gabriel Turbay, por su parte, fue matriculado en el mejor colegio de Bucaramanga, donde no existían aún colegios públicos. A pocas cuadras de su casa, el joven Gabriel asistía al San Pedro Claver, dirigido por exigentes jesuitas. Allí también se relacionó con hijos de familias tradicionales de la ciudad. Turbay fue alumno destacadísimo. Sacaba las mejores notas en casi todas las materias, como lo pudo verificar su paisano Luis Enrique Figueroa cuando fue a hurgar en los registros del colegio: «Gabriel Turbay obtuvo todos los primeros premios en las asignaturas [...] Tan solo en francés y religión le ganaron en premios a Gabriel Turbay»³.

Estos dos adolescentes compartían una misma pasión por la cosa política, una suerte de ardor y una voluntad de dejar su huella. Gaitán era uno de los oradores de los eventos que organizaban el Partido Liberal y la Unión Republicana, como la peregrinación anual a la tumba del general Rafael Uribe Uribe⁴. Turbay también dio sus primeros discursos en la adolescencia, en el cerro de Palonegro, según cuenta su amigo de infancia José Camacho Carreño, a la vez que publicaba sesudos ensayos en los que discurría sobre asuntos de ética y política, como en su disertación sobre el tema «La esclavitud y la Iglesia».

Ambos estudiaron en la Universidad Nacional. Turbay llegó a la capital en 1918. Era estudiante pobre. En los cafés de la época se comentaba sobre su abrigo, siempre el mismo. Trabajó como celador de la Universidad Nacional para pagarse su manutención en Bogotá, y ocasionalmente fue contador del almacén de un sirio en la Calle Real. Turbay era asmático, enfermedad que lo atormentó toda su vida. La opción más lógica, más afín con su interés por la cosa pública, era el derecho. Pero posiblemente a causa de su enfermedad, y también por su inagotable ambición intelectual, se dio a la tarea de hacer dos

2 Véase Steven Navarrete, «El Colegio de Araújo (1890-1924) y la formación política del joven Jorge Eliécer Gaitán», *Revista Colombiana de Sociología*, vol. 36, n.º 2, julio-diciembre del 2013, pp. 183-211.

3 Luis Enrique Figueroa Rey, «Bachiller (marzo 19 de 1971)», en *Columnas en Vanguardia Liberal (1966-1981)*, Libro Total, Bucaramanga, s. f.

4 Alberto Figueredo Salcedo (comp.), *Documentos para una biografía*, Imprenta Municipal, Bogotá, 1949, p. 80.

carreras, medicina y derecho. Finalmente, se graduó de medicina, y le dedicó su tesis «Nuevos conceptos sobre el asma», a la enfermedad que lo mortificaba. Esta tesis fue celebrada y publicada (se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional).



Figura 1.1. Tesis de grado de Gabriel Turbay (1924)

Fuente: fotografía de la autora.

Gaitán estudió derecho —pese a la oposición de su padre, que lo imaginaba contador— en la misma Universidad Nacional, donde se convirtió en jefe del Centro Liberal Universitario. Turbay y Gaitán frecuentaban los círculos intelectuales de vanguardia. Ambos hicieron parte, o estuvieron cerca, del grupo que se autoproclamó «Los Nuevos». Eran esencialmente literatos, periodistas y poetas, pero también oradores políticos, que buscaban introducir un lenguaje moderno, renovar las ideas en el debate público y agitar la vida cultural⁵. Muchos de ellos buscaban sacudir a Colombia de la influencia de la Iglesia y

⁵ Formaron parte de «Los Nuevos» los escritores Luis Vidales, Jorge Zalamea y León de Greiff; los ensayistas Germán Arciniegas, Hernando Téllez y Rafael Maya; los periodistas José Mar,

escribían en la prensa que el episcopado colombiano había prohibido leer (los diarios *El Espectador* y *El Tiempo*).

Eran años de efervescencia intelectual y política: el debate de ideas era constante, la Revolución rusa había cambiado la faz del mundo, el viejo imperio zarista había caído, la guerra mundial había desnudado la sin salida de los nacionalismos. Las ideas socialistas rondaban en el aire. Además de la influencia internacional, la memoria de los líderes ocupaba las conversaciones de estos círculos. Discursos como el de Rafael Uribe Uribe en el Teatro Municipal en 1904, en que el liberalismo había dejado de ser sinónimo de librecambismo, eran una referencia conocida.

Turbay y Gaitán vieron, quizá con sus propios ojos, la represión violenta de los artesanos que reclamaban al gobierno conservador de Marco Fidel Suárez por la inminente importación de uniformes para el Ejército. Corría el año 1919 y una manifestación pacífica, una protesta fundada, fue reprimida por el poder y dejó una veintena de muertos. Ese mismo año, se echaron las primeras bases del Partido Socialista colombiano, que propugnaba por el establecimiento de derechos laborales, como la creación de una «Caja de maternidad, caja de retiro para obreros que lleguen a la ancianidad, jornada de ocho horas, tarifas de aduanas proteccionistas, que faciliten el desarrollo de la industria, y ley que reglamente las huelgas»⁶.

En 1924, mientras Gaitán redactaba su tesis «Las ideas socialistas en Colombia» —que iba a causar sensación y donde de entrada afirmaba que no existía un partido socialista en Colombia—, Turbay había sido conquistado por la causa revolucionaria. Se había hecho amigo de Luis Tejada, una de las plumas más fervorosas del periodismo colombiano.

Felipe Lleras, Alberto Lleras, Alejandro Vallejo y Luis Tejada, y los políticos Jorge Eliécer Gaitán, Gabriel Turbay, Eliseo Arango y Moisés Prieto, entre otros. Se agruparon inicialmente alrededor de una revista llamada precisamente *Los Nuevos*, que apareció por primera vez en 1925. No existía una real línea divisoria en términos políticos, pues alrededor del grupo orbitaban tanto hombres decididamente a la izquierda (Gabriel Turbay y Luis Tejada) como personajes muy a la derecha (José Camacho Carreño y Silvio Villegas). Su importancia se debía esencialmente a su ruptura con los cánones que regían a la generación anterior, su ánimo de diferenciación y su prosa directa. Existen abundantes datos sobre este momento particular de la vida intelectual colombiana. Se pueden consultar con provecho: Alberto Lleras Camargo, *Memorias*, Banco de la República y El Áncora Editores, Bogotá, 1997, y Enrique Gaviria Liévano, *Los nuevos en la historia de Colombia: una generación militante*, Academia Colombiana de Historia, Bogotá, 2010. Para profundizar en el contexto intelectual de esos años, véase Ricardo Arias, *Los leopardos, una historia intelectual de los años 1920*, Universidad de los Andes, Bogotá, 2007.

6 Ignacio Torres Giraldo, *Los inconformes. Tomo 5*, Editorial Margen izquierdo, Bogotá, 1978, p. 200.

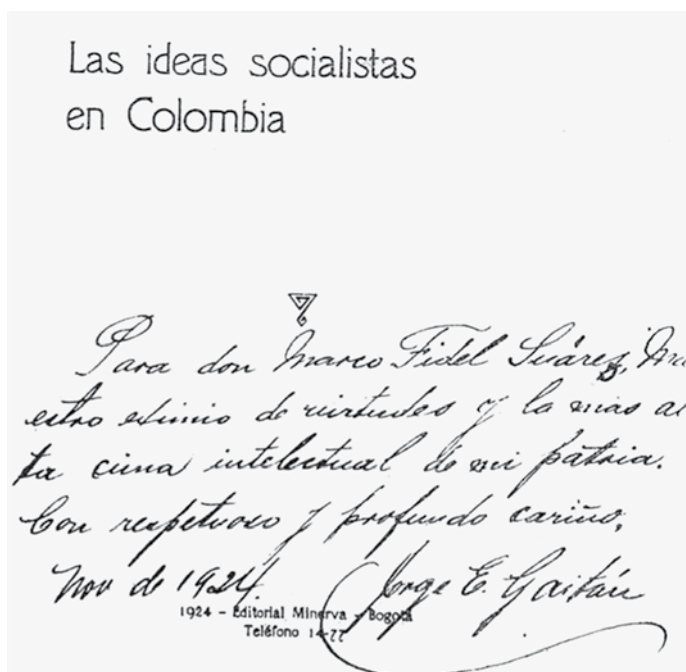


Figura 1.2. Dedicatoria de la tesis de Gaitán al presidente Marco Fidel Suárez

Fuente: Jorge Eliécer Gaitán, *Las ideas socialistas en Colombia*, Editorial Minerva, Bogotá, 1924.

Frecuentaban al ruso Savitsky, que tenía fama de haber sido compañero de Lenin y Trotski, haber recorrido medio mundo y fascinar a los jóvenes que lo frecuentaban. Así lo recuerda Alejandro Vallejo, que lo conoció:

Vagabundo por los mares asiáticos, venía de recorrer toda la China a pie; conector de veinte oficios distintos, impresor, tintorero, pescador, dinamitero, carpintero, nos explicaba cerca de la madrugada con su voz de niño, con su mirada dulce, casi con ternura, los métodos más sencillos usados por los anarquistas en la fabricación de bombas de un poder explosivo fantásticamente exterminador⁷.

Para el Primero de Mayo, fiesta de los trabajadores (que se celebraba desde hacía apenas cinco años), habían sido convocados dos eventos significativos en Bogotá: el Congreso del Partido Socialista, reunido en el Edificio Liévano

⁷ Alejandro Vallejo, *Políticos en la intimidad*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1971 (primera edición: 1936), p. 56.

(actual Alcaldía Mayor), y el Congreso Obrero. La agitación era grande. Ambos congresos se extendieron por varios días y dieron lugar a apasionadas discusiones: en los intercambios de esas conferencias circulaba el nombre de Marx, se explicaban las perversiones del capitalismo, se conmemoraba a los trabajadores asesinados por sus capataces, se listaron las necesidades y demandas de los obreros colombianos y se eligió a la *flor del trabajo*. Al cabo de algunos días, de forma inesperada, los asistentes al Congreso Socialista adhirieron a la tercera internacional (es decir, a los preceptos comunistas).



Figura 1.3. Titular de *El Tiempo*, 7 de mayo de 1924

El joven Gabriel Turbay desempeñó un papel fundamental en esta iniciativa. Alejandro Vallejo, uno de los delegados del congreso, que luego se convirtió en periodista, recordaba así el ambiente de dicho encuentro:

De todos los puertos del Magdalena habían venido estibadores y marineros ansiosos al primer congreso comunista de Bogotá. Allí confundidos con ellos, nos vimos estudiantes, poetas, vagabundos, ferrocarrileros, periodistas, gentes de muchos oficios reclutadas en todas partes: en las estaciones de los ferrocarriles, en las facultades universitarias, en los cafetines, en las redacciones, en los talleres. Allí oí el primer discurso de Gabriel Turbay. Pálido, algo asmático, exaltado, con su silueta de animal estepario, con sus orejas extendidas y con su fina nariz husmeante, con su voz cargada de diapasones metálicos, con su mirada de zahorí. El estudiante de medicina Turbay, el animador Luis Tejada, el noticiero Diego Mejía, el periodista José Mar, el abogado Moisés Prieto, el panfletario Romero, los hombres de club Tanco y Heredia, el poeta Vidales, Julieta, la mujer de Tejada, el pintoresco novelista Albarracín, el aventurero Sawidsky [sic], el vagabundo y filósofo Olózaga, el sin oficio Vallejo, y otras gentes de muchos pelajes y condiciones, formamos aquel congreso. Unos estudiantes propusieron abrir una suscripción para levantarle un busto a Lenin. Todos nos quedamos pasmados. ¿Suscripción allí? ¿Para erigir bustos? ¿En un congreso comunista? Y saltó Turbay.

No he vuelto a oír un discurso más vigoroso. La tesis de Turbay era muy lógica: un congreso comunista en una sociedad burguesa y

conservadora, no podía dedicar ni un instante a rendir homenajes ni siquiera a Lenin. Necesitábamos primero destruir, echar abajo todos los mascarones de la estructura social. Aquella era nuestra misión. De ese pequeño incidente, Turbay, como lo hace siempre, se elevó al gran problema, se fue derecho a la gran revolución. [...] Turbay hizo aquella noche uno de los discursos más fundamentalmente revolucionarios que se han pronunciado en esta República. Obró la virtud de elevar aquella reunión de seres anárquicos y desadaptados, a la categoría de un acontecimiento histórico. Después de Turbay, Tejada, José Mar, Prieto, Vidales, Mejía, plantearon nuestra situación con una insospechable ortodoxia. En ese congreso nos agrupamos en un núcleo que iba a tener poca vida, pues muy pronto nos íbamos a dispersar hacia todas las corrientes políticas. Pero de allí salieron los gérmenes para crear una conciencia de lucha que algún día se transparentará. De allí salió el hálito revolucionario que ha agitado la mente de toda una generación⁸.

¿Qué caminos se abrieron en 1924 para estos dos jóvenes, el socialista Gaitán y el comunista Turbay? Ambos abrigaban un ideal de transformación social radical para Colombia. Se habían formado en la mejor universidad y en excelentes colegios; habían dado muestras de su compromiso intelectual y de su ánimo de participar en política. Pero ninguno de los dos había nacido en cuna de oro, ninguno tenía asegurado otro lugar que el que se pudiera abrir por su propia cuenta. Su fortuna, su capital, era su educación. No era poca cosa: en esos años, el médico y el abogado eran respetados, eran posiciones de alta valoración social.

Gabriel Turbay decidió irse para su ciudad natal a ejercer la medicina. Trabajó al tiempo en un consultorio privado y en el hospital San Juan de Dios de Bucaramanga, el único de la ciudad, fundado en 1853. Por los días en que ejerció, la prensa informaba sobre nuevas disposiciones: se eliminaba la obligación de rezar que tenían los pacientes (los hospitales, en Colombia, nacieron de la mano de las órdenes religiosas y hacia 1925 aún contaban con madres superiores y religiosas). Muy posiblemente, esto se obtuvo gracias a él.

Entretanto, Gaitán fue elegido diputado a la Asamblea de Cundinamarca, e inmediatamente después logró conseguir una beca para proseguir sus estudios en Italia. Así, mientras Turbay atendía a sus pacientes, el joven Gaitán descubría Europa y asistía a los cursos del famoso profesor Enrico Ferri, importante criminólogo además de antiguo diputado de orientación socialista. Pero en los años en los que Gaitán asistió a sus cursos, Ferri era un hombre mayor y se había acercado al fascismo. En sus lecciones, distinguía cinco

8 Vallejo, *Políticos en la intimidad*, pp. 54-55.

clases de criminales: los innatos, los alienados, los que cometen crímenes por costumbre, los impulsados por una pasión y los ocasionales. Se buscaba, pues, introducir aspectos sociológicos y psicológicos para explicar el crimen. Gaitán introdujo esos elementos, que él llamaba «positivistas», en el derecho penal de Colombia. Más adelante, sus defensas buscarán atenuar las responsabilidades de los sindicados con base en una categorización que, si hoy nos parece obsoleta e incluso retrógrada, en su época era muy innovadora y, en todo caso, mostraba la voluntad de considerar el derecho penal como un asunto que admitía una lectura sociológica.

Primeras luchas políticas

En muchos ámbitos de sus vidas, y desde sus inicios como profesionales, Turbay y Gaitán rompieron moldes, buscaron innovar. Decididamente, la política, entendida como el arte de transformar las condiciones del presente, era una vocación para ambos. En esa segunda mitad de los años veinte, Turbay dejó a sus amigos revolucionarios y se acercó al liberalismo del sector de Benjamín Herrera, el general de la guerra de los Mil Días, líder indiscutido de esos años. Gaitán ya se había hecho notar por el mismo Herrera: unos años antes, habían coincidido durante la campaña presidencial de Guillermo Valencia, que ambos, el joven Gaitán y el viejo general liberal, apoyaron. Así, Gaitán y Gabriel Turbay se lanzaron al ruedo político con formaciones liberales. Turbay fue elegido diputado de la Asamblea de Santander (1926). En Bucaramanga, se enfrentó a hombres ya conocidos en la esfera nacional (Laureano Gómez, Manuel Serrano Blanco, Carlos V. Rey, entre otros).

Gaitán y Turbay ya eran excelentes oradores. La oratoria era fundamental en la carrera de cualquiera que tuviera aspiraciones políticas. Desde muy joven, Gaitán tenía por costumbre ensayar su oratoria⁹. Todos los colombianos hemos escuchado su voz, histriónica y dramática. De Turbay nos quedan muchas transcripciones de sus discursos, incluso de sus años juveniles (como el que le dedicó a su amigo Luis Tejada en su tumba, por su muerte en 1924). Sus compañeros de faenas políticas recuerdan su timbre portentoso¹⁰ y se conservan algunos archivos sonoros.

9 «En la Sociedad Literaria “Rubén Darío” fuimos recibidos con Jorge Eliécer Gaitán. Él era mayor y tenía la tontería de quitarse los años. Nos prestaban un salón de la calle 8.^a, “El Salón de Caridad”, para entrenarnos en oratoria». Augusto Ramírez Moreno, *Obras selectas*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1984, p. 20.

10 «Nos correspondió el altísimo honor de acompañar en los balcones de la comarca santandereana a Gabriel Turbay, como delegados juveniles. Qué timbre de voz la del enhiesto

Los años veinte fueron de agitación y cambio en Colombia. El historiador Germán Colmenares considera que marcaron un cambio de época, el verdadero ingreso de Colombia al siglo xx¹¹. Sin duda, el país era mayoritariamente rural, analfabeto y dominado por un Partido Conservador apoyado, a veces incluso hostilizado, por una Iglesia omnipresente e intolerante. La Iglesia disponía quiénes serían los candidatos del partido, financiaba sus periódicos y ejercía tutela sobre aspectos centrales, como la educación. Paralelamente, la jugosa indemnización de Estados Unidos por la pérdida de Panamá inyectó capitales importantes en la economía. Se despilfarró mucho dinero, la mayoría de las obras de transporte prometidas no se ejecutaron, pero quedaron cambios, como el fuerte aumento de la producción cafetera, la penetración de capitales internacionales y sobre todo, para efectos de lo que nos interesa, la emergencia de una nueva clase trabajadora: los obreros de las industrias del petróleo, el banano y los ferrocarriles irrumpieron en la vida social.

Esta masa de trabajadores disponía de un arma poderosa: la huelga. Los artesanos, que apenas en 1919 habían sido asesinados a mansalva por el Ejército¹², así como los mineros, los braceros, los ferroviarios, los campesinos, los trabajadores textiles, se apropiaron de esa arma. Tan solo en 1920 hubo 32 huelgas¹³. En 1924 estalló la primera huelga petrolera, contra la «Troco» (Tropical Oil Company). Fue reprimida con dureza (ya entonces los huelguistas fueron declarados «subversivos»). Ese mismo año se produjo la primera huelga en la United Fruit Company. En 1926 fue organizada una gran huelga en la empresa del Ferrocarril del Pacífico, cuyo gerente era Alfredo Vásquez Cobo, importantísimo político conservador, tres veces candidato a la Presidencia. En 1927 se desató otra huelga en la «Troco», que se extendió a lo largo del Magdalena y llegó hasta el Valle del Cauca.

capitán, vencía el piafar de la cabalgata de banderas y retumbaba como un eco de clarín en el confín de las verdes praderas». Luis Enrique Figueroa Rey, «Altavoz (febrero 9 de 1980)», *Columnas en Vanguardia Liberal*.

11 Germán Colmenares, «Ospina y Abadía: la política en el decenio de los veinte», en *Nueva historia de Colombia. Tomo I, historia política: 1886-1946*, editado por Á. Tirado, Editorial Planeta, Bogotá, 1989, pp. 243-268.

12 El 16 de marzo de 1919, un grupo de artesanos protestó frente al Palacio Presidencial por la importación de uniformes militares. Fueron salvajemente reprimidos por el Ejército, con saldo de cinco a diez muertos, numerosos heridos y detenidos. Véase Renán Vega Cantor, «Luchas y movilizaciones artesanales en Bogotá (1909-1919)», *Memoria y Sociedad*, vol. 6, n.º 11, 2002, pp. 29-55.

13 Mauricio Archila, «La clase obrera colombiana: 1886-1930», en *Nueva historia de Colombia. Tomo III, relaciones internacionales y movimientos sociales*, editado por Á. Tirado, Editorial Planeta, Bogotá, p. 234.

Este era el ambiente social en el que Gaitán y Turbay empezaron a hacer política como congresistas. Gaitán se hizo el abogado penalista de algunos de estos huelguistas (por ejemplo, de los empleados de la Compañía de Teléfonos de Bogotá en 1928). Turbay llegó al Congreso en 1926.

Muy rápidamente, debido a sus posiciones —defensa de los trabajadores, oposición al ministro de Guerra Ignacio Rengifo, enfoque en materia fiscal—, Turbay fue visto como un «extremista». Días después de haberse pronunciado en contra de la ley del impuesto de renta —que, en palabras del joven político, tal y como estaba siendo discutida «consagra grandes monstruosidades y [comete], aun con buenas intenciones, odiosas injusticias»¹⁴—, Turbay fue atacado por el diario *El Tiempo*:

Un grupo de jóvenes parlamentarios está organizando un movimiento de orientación francamente izquierdista. El programa de este grupo está condensado en el editorial de ayer del *Diario Nacional*: ir hacia el pueblo, a confundirse con él, oponerse a cuanto el pueblo juzgue malo; aprovechar la pasión de las multitudes coléricas; no desechar ningún recurso para subir al poder; rechazar el título de partido constitucional; repudiar a todo elemento capitalista (capitalista en el sentido de opositor a la renovación social); enfrentarse resueltamente al gobierno, etc., etc. Es esa, a grandes rasgos, la política izquierdista del grupo que encabezan Turbay y Solano, Bossa Navarro y Hernández Rodríguez, y otros cuantos muchachos y viejos poseídos de la llama apostólica. A ese programa le falta un poco de sinceridad. Porque esa política izquierdista es sencillamente política socialista avanzada. ¿Por qué no nombrar las cosas con sus nombres? ¿Por qué seguir

14 He aquí otros extractos del discurso de Turbay en la Cámara, en el debate sobre impuesto a la renta en agosto de 1927: «No se han adelantado algunos conceptos e informaciones alrededor de todos los inconvenientes que hoy tiene el recaudo de ese impuesto que, como bien lo ha dicho el representante [Nemesio] Camacho, debe pesar únicamente sobre los ricos. Muy bien que haya en la cámara el ánimo resuelto de modificar esta aberrante injusticia tributaria, y que ello se haga en una forma trascendental, dando al problema toda la máxima importancia que encierra. Y que si no es posible llegar al límite deseable en contra del capital inerte, ya que no hay derecho ni razón para que existan capitales inamovibles, que lleguemos siquiera al impuesto progresivo como fórmula aceptable insinuada por la capacidad y patriotismo del R. Nemesio Camacho.

Nada se pierde, sin embargo, con que antes de llegar ese debate, para el cual presentaré un voluminoso acopio de datos ilustrativos de grande importancia y para el cual me hallo suficientemente preparado para ilustrar el criterio de la Cámara, avancemos la reforma propuesta sin perjuicio de que ella sufra una modificación sustancial en la reforma general, para que así no hayamos perdido esta primera noble tentativa en la defensa de los empleados públicos y los menesterosos, que son los únicos que sufren hoy las odiosidades de este impuesto». Véase «Cámara», *El Tiempo*, 25 de agosto de 1927, p. 4.

hablando del Partido Liberal? ¿Por qué pretender que subsista el absurdo equivoco de cubrir con la bandera del liberalismo a lo que es un paso decidido hacia el socialismo? El liberalismo no puede ser eso que pinta en prosa cálida Armando Solano. El liberalismo ni aquí ni en ninguna parte puede ir hacia la izquierda extrema, como no puede ir tampoco hacia la extrema derecha. En ambos casos pierde su razón de ser, y se convierte o en conservador o en socialista¹⁵.

Así, con el mote de «izquierdista» o el de «socialista», Gabriel Turbay llevó a cabo grandes y sonados debates. Se enfrentó a los «Leopardos», que importaban a Colombia las tesis reaccionarias de la Acción Francesa¹⁶. Denunció la represión que ejercía el ministro de Guerra, el general Ignacio Rengifo. Este estaba convencido de que se avecinaba un complot comunista en Colombia y buscaba cerrarles el paso por completo a las luchas sociales. Turbay batalló en el Parlamento contra los llamados «proyectos heroicos», presentados por el gobierno, con los cuales se le asignaba la facultad de expulsar a extranjeros arbitrariamente, apresar a oponentes y dirigentes sindicales, cerrar sus medios de comunicación, etc. Por virtud de esas leyes, grandes dirigentes, como Ignacio Torres Giraldo y Raúl Eduardo Mahecha, fueron encarcelados de manera «preventiva» antes del Primero de mayo o ante la amenaza de huelga. Igualmente, en virtud de dicho tipo de disposiciones, se expulsaba a extranjeros de forma arbitraria (acusados de agitadores, organizadores de luchas sociales, anarquistas, simpatizantes del comunismo o del socialismo)¹⁷. A sus colegas de la Cámara, Turbay les recordó que había otros extranjeros que no expulsaba el gobierno, a los que, por el contrario, se les daba el manejo de la educación, especialmente las asignaturas de historia y geografía: los curas españoles. Turbay defendía «una fórmula civilizadora, que no excluya de forma arbitraria el derecho de extranjería que todo ciudadano tiene para vivir en cualquier país del orbe»¹⁸.

Turbay se opuso a las leyes que buscaban dar más facultades al Ejecutivo, que cercenaban las libertades de pensamiento, prensa y asociación, cerraban el paso a partidos nuevos y daban al «soldado presidente», como llamaba a Abadía, libertad para reprimir. El gran caricaturista Rendón rindió tributo

15 «¿Hacia la izquierda?», *El Tiempo*, 1.º de septiembre de 1927.

16 Véase, por ejemplo, el debate del 25 de octubre de 1929 y la fórmula que les espetó Turbay: «Yo sabía que los leopardos se llamaban leopardos no por su valor, sino porque saben salir en carrera». Para conocer el campo intelectual de los Leopardos, véase Arias, *Los leopardos*.

17 Véase Mariluz Vallejo, *Xenofobia al rojo vivo en Colombia*, Editorial Crítica, Bogotá, 2022.

18 En dicho debate, Turbay hizo «una interesante exposición sobre el socialismo en Europa». Véase «Cámara», *El Tiempo*, 16 de noviembre de 1927, p. 5.

al joven Turbay, que a sus 26 años se enfrentaba con la plana mayor del conservatismo, desafiaba a los liberales apoltronados y casi noqueaba al ministro Rengifo (figura 1.4).

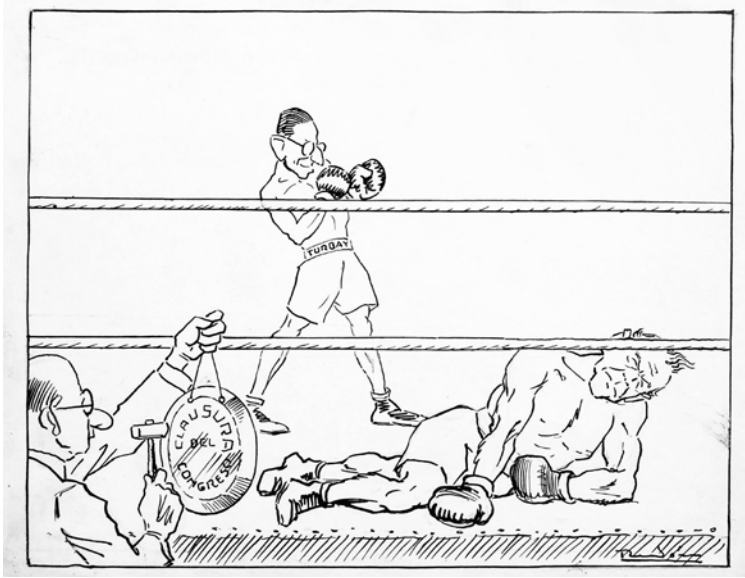


Figura 1.4. «De cómo un juez de tiempo, con el gong salvó de una derrota a su campeón»¹⁹

Fuente: El Tiempo, 18 de noviembre de 1927.

Pese a la contundencia de los debates, las mayorías del Congreso votaron la ley el 29 de octubre de 1928. Al poco tiempo de promulgada, estalló la huelga en las bananeras: se cometió una masacre contra los trabajadores en la región donde mejor organizado estaba el sindicalismo colombiano.

Jorge Eliécer Gaitán y Gabriel Turbay investigaron estos hechos, y realizaron el famoso debate en el Congreso. Juntos habían recogido testimonios. Sabían que el autor material de la masacre, el general Carlos Cortés Vargas, había impuesto un régimen de terror en la zona. Tenían testimonios terribles sobre el vil comportamiento de los oficiales del Ejército. Sabían que los soldados eran carne de cañón de su institución: las órdenes eran que las ametralladoras las manejarían los oficiales y que si los soldados no disparaban, los

¹⁹ El título original de la caricatura de Rendón se refiere al hecho de que la clausura del Congreso (cierre de sesiones) salvó al ministro Rengifo de ser llamado a juicio frente a los debates de Turbay.

matarían. Sabían que el general Cortés Vargas había pedido a los acorazados norteamericanos estacionados en la bahía de Santa Marta que bombardearan los puertos de Colombia para defender el oro de la United Fruit. El salvajismo del Ejército fue denunciado en el Congreso, en debates que Colombia siguió con pasión. A la vez que Gaitán se convertía en una figura de envergadura nacional, el debate sobre la masacre de las bananeras fue la estocada final del régimen conservador.

En realidad, el debate no se hubiera realizado ni hubiera tenido esa envergadura sin el terreno abonado por los dos jóvenes parlamentarios. Ese mismo año (1929) habían sido dos de los oradores y conductores del multitudinario movimiento del 8 y 9 de junio. Estos hechos no pasaron de agache, como sucedió diez años antes con la masacre de los artesanos en el mismo lugar. Esta vez, hubo una inmediata reacción cuando la Guardia Presidencial disparó sobre el grupo de estudiantes que protestaba por asuntos de corrupción en la capital y murió el universitario Gonzalo Bravo Pérez (el primer estudiante asesinado por el poder, fecha que se sigue conmemorando en Colombia). Esta vez, por fin cayeron el intransigente ministro Rengifo y el director de la Policía, general Cortés Vargas.



Figura 1.5. Manifestación por la muerte del estudiante Gonzalo Bravo

Fuente: *El Tiempo*, 8 de junio de 1929.

En esas fechas, Turbay había ganado fama de terrible impugnador del ala más a la izquierda del Partido Liberal en el Congreso. Allí había hablado de la necesidad de establecer un impuesto sobre la renta «porque ella consagra grandes monstruosidades»²⁰; allí defendió a los trabajadores y propuso la creación de un ministerio del trabajo y medidas para crear empleo²¹; allí impulsó el socialismo²²; allí fiscalizó la corrupción en un sonado contrato de ferrocarril; allí había defendido la educación laica y los intereses de la nación con respecto al petróleo; allí había denunciado el carácter acientífico de los nuevos peajes²³. Estos debates terminaron de desprestigiar al gobierno conservador de Abadía Méndez. Abelardo Forero Benavides, volviendo sobre esos años cruciales, recordaba:

En el año 28 todo dormía, tranquilamente... Había una democracia un poco atemperada por el fraude, todos estaban más o menos contentos y satisfechos con la prolongación indefinida del régimen conservador que nos produjo el acceso de Núñez al poder. No había mayor entusiasmo... ¡Y de repente aparecieron dos personajes en la Cámara de Representantes, es justo destacarlo!

El uno era Gabriel Turbay: tenía unas orejas de galgo, daba la impresión física de un ser felino, y [el otro era] Jorge Eliécer Gaitán. Los dos tocaban dos sonatas diferentes: el uno vivía preocupado por el problema social, el otro era eminentemente un político. Pero los dos obraron de común acuerdo en el año 28 y comenzaron a hacer el juicio y el análisis de todos los personajes de la hegemonía. Gaitán adelantó estruendosamente un prodigioso debate sobre las bananeras, demostrando las injusticias que había cometido allí el gobierno y particularmente, los generales que habían estado encargados de la represión, cuando la famosa huelga de las bananeras. Y, luego, el doctor Gabriel Turbay acometió directamente contra Rengifo y comenzó

20 Agregaba Turbay: «Y si no es posible llegar al límite deseable en contra del capital inerte, ya que no hay derecho ni razón para que existan capitales inamovibles, que lleguemos siquiera al impuesto progresivo como fórmula aceptable». «Cámara», *El Tiempo*, 25 de agosto de 1927.

21 «Cámara», *El Tiempo*, 16 de noviembre de 1929.

22 «El socialismo no persigue establecer lucha de clases o destrucción de las que existen. [...] Su finalidad es crear la clase única que cumpla el fenómeno del bienestar colectivo con verdad y sinceridad. Ciertamente que el liberalismo creó las grandes industrias, pero ello ha sido a costa de las injusticias y de las explotaciones. [...] El verdadero socialismo persigue corregir tales injusticias. [Busca] acabar con la creencia de que los gestos, los ademanes de distinción y el frac son patrimonio exclusivo de una clase, y de otra inferior, como en clasificación de razas, los callos y los sufrimientos». «Cámara», *El Tiempo*, 17 de mayo de 1928.

23 «Cámara», *El Tiempo*, 12 de octubre de 1929, 17 de mayo de 1928 y 16 de noviembre de 1927.

a iniciar una serie de debates en los cuales, todos, absolutamente todos los ganó. Tenía apenas 27 años de edad, tenía un verbo fulgurante, una oratoria impresionante y metálica. Como él mismo decía: «Me subía a las estrellas por una escalera de adjetivos». Jorge Eliécer Gaitán era otra cosa: él manejaba mucho más el problema social, pero los dos se complementaban, y el hecho es que de nuevo volvió a resurgir el Parlamento²⁴.

En 1929, Gaitán y Turbay eran dos de las más destacadas figuras del Congreso de la República. Los unía un mismo origen social, una misma fuerza de voluntad, un mismo anhelo de transformación para Colombia. El año siguiente, el partido en el que ambos militaban llegaría al poder, gracias en buena medida a los importantes debates en los que ellos habían participado. Diecisiete años más tarde, Gaitán y Turbay se iban a enfrentar en una de las campañas electorales más feas que ha tenido Colombia. Ambos iban a perder esa batalla electoral, y quedaría sepultado el magnífico proyecto que los inspiraba.

24 Margarita Vidal, [Entrevista con Abelardo Forero Benavides], *Al Banquillo con Margarita*, Intervisión, Bogotá, 1984.

2

El arquitecto de la victoria liberal

GABRIEL TURBAY DESEMPEÑÓ un papel importantísimo para que el Partido Liberal regresara al poder. El partido, entonces, estaba resignado a perder. Se había acostumbrado a no participar en las elecciones, a asistir al espectáculo en el que el triunfo electoral dependía de un arzobispo todopoderoso, un hombre que ni siquiera se dignaba recibir a los candidatos a su unción¹.

La Iglesia católica defendía una visión del mundo oscurantista, sectaria, en posición de defensa de las tradiciones y la autoridad. Era un mundo regido por el *Syllabus* de Pío IX, el documento papal que recopilaba los «errores de nuestro tiempo»: el racionalismo, la separación entre la Iglesia y el Estado, la moral laica, la libertad de culto, conciencia e imprenta... Circulaban las ideas expuestas por el religioso y polemista catalán Felix Sardá, como el famoso folleto «El liberalismo es pecado», según el cual las doctrinas liberales eran un gravísimo pecado contra la fe cristiana.

Era un mundo impregnado de religiosidad, de oraciones y misas, de control social efectuado por la comunidad: los días eran una letanía de camándulas, rosarios, cuaresmas y penitencias². La vida familiar, la vida social y la política estaban supeditadas a ese orden. Al fin de cuentas, no estaba muy lejos

1 Fue así en 1926, cuando el arzobispo coadjutor notificó a Miguel Abadía Méndez que había sido escogido por su jefe, el arzobispo primado Bernardo Herrera Restrepo, en vez de Alfredo Vásquez Cobo. Véase Mario Latorre Rueda, «1930-1934: Olaya Herrera, un nuevo régimen», en *Nueva historia de Colombia. Tomo 1, historia política: 1886-1946*, editado por Á. Tirado, Editorial Planeta, Bogotá, 1989, p. 270.

2 Pruebas de ese ambiente opresor de la religión católica y de la intransigencia de los jefes de la Iglesia y los poderes económicos se pueden leer en algunas novelas escritas en ese período. Por ejemplo, la excelente *Luterito*, de Tomás Carrasquilla (escrita hacia 1899). Además, hay monografías dedicadas al tema, como el muy interesante libro de José David Cortés, *Curas y políticos: mentalidad religiosa e intransigencia en la diócesis de Tunja*, Ministerio de Cultura, Bogotá, 1998.

la época del predominio de Miguel Antonio Caro, el latinista, el purista de la lengua castellana, el hombre al que el dios católico le dictaba la Constitución, redactada por él para uso de unos colombianos que nunca conoció (Caro casi nunca salió de su departamento, se dice que sólo llegó a conocer Santander). La religión atravesaba todas las instancias de la vida, la Iglesia católica era el instrumento civilizador y el puente de unión con España.

Esa iglesia pretendía influenciar los nuevos campos de la contestación social en Colombia. Buscaba, por ejemplo, controlar el sindicalismo: en 1928, el arzobispo primado Ismael Perdomo había emitido una pastoral en la que apoyaba la represión del ministro de Guerra, el temido Ignacio Rengifo; paralelamente, el arzobispo invitaba a los obreros a unirse a la Unión Colombiana Obrera, organización controlada por la Iglesia³. El poder se apoyaba también en un Ejército y una Policía que tenían ya experiencia en la represión de la protesta social, como se había visto en los motines liderados por los artesanos en 1893, que aún estaban en la memoria colectiva. Tan solo un año después de creada la Policía Nacional, esta ya había reprimido una protesta, con un saldo desconocido de muertos. Adicionalmente, tanto el Ejército como el clero votaban, muy seguramente vigilados por sus respectivas jerarquías⁴.

Pero en ese país amodorrado por la religión y donde ya las Fuerzas Armadas tenían un historial de represión, también bullía una gran agitación: la del capital y los trabajadores. Mientras algunos de los más poderosos hombres se dedicaban a enriquecerse con la «danza de los millones», la plusvalía del café o la industria minera, otros planeaban la transformación de las estructuras sociales.

Gabriel Turbay ya no era comunista. Se había comprometido con el Partido Liberal, con este partido se había enfrentado a los conservadores en Santander y luego en Bogotá. Había desempeñado un papel destacadísimo en la movilización de la calle y en los debates que le habían costado la cabeza al brutal ministro Rengifo, había palpado la fragilización del gobierno Abadía. Turbay comprendía perfectamente algunas cosas: la primera, que el Partido Liberal, si se lo proponía, podría llevar a cabo los cambios que requería Colombia. La segunda, que era necesario tener una organización, un partido, pues nada se obtenía de forma espontánea o mediante la agitación exclusiva de las emociones.

Para llevar a cabo el proyecto, la voluntad política era fundamental. Los ejemplos del pasado lo inspiraban. Gabriel Turbay conocía muy bien a los grandes liberales que habían combatido en el plano de las ideas y en el campo de

3 Colmenares, «Ospina y Abadía en el decenio de los veinte».

4 Jorge Luis Vélez, «¡El sufragio es un derecho universal, igual e inalienable!: ¿Y el voto militar en Colombia qué?», *Estudios de Derecho*, vol. 75, n.º 165, 2018, p. 188.

batalla. Se inspiraba en Santos Acosta, Santos Gutiérrez, Eustorgio Salgar, Santiago Pérez, Sergio Camargo, Aquileo Parra, Camacho Roldán, Otálora y Ezequiel Hurtado⁵.

En ese momento, había una profunda desconexión entre el entusiasmo de las calles, la movilización social, la acogida de los debates de las bananeras y los hombres que dominaban el Partido Liberal. Todos los testigos de esos años afirman que el partido estaba aletargado. El dominio de los conservadores, el relativo acomodo de los liberales con la situación, la participación ocasional en las altas burocracias del Estado (desde el gobierno de Rafael Reyes, en 1904, empezó a haber una cuota de ministros liberales), el hábito de abstenerse (hacia apenas cuatro años, en las elecciones de 1926, esa había sido la consigna, entre otras, porque se estimaba que la elección, manejada por los conservadores, siempre era fraudulenta⁶), todo esto los había domesticado.

Solo así se explica que, pese a la gran agitación social que se vivía, la convención del Partido Liberal, reunida en junio en Apulo, decidiera declararse neutral para las elecciones del año siguiente. El camino le quedaba así despejado al candidato conservador: o Alfredo Vásquez Cobo (ingeniero civil y militar, general de la guerra de los Mil Días) o Guillermo Valencia (político, poeta y erudito caucano). Algunos sectores del liberalismo rechazaban esta pasividad e intentaban hacer otra convención, pero no llegaban a nada. Así, a medida que peleaban o balbuceaban los liberales, el enviado de Estados Unidos escribía en su informe: «Este intento de reorganización no significa que los liberales puedan ofrecer alguna amenaza seria al control conservador en ningún momento del futuro cercano»⁷.

Gabriel Turbay era uno de los que trabajaba para evitar que el Partido Liberal se resignara a la abstención. Apenas un mes después de la convención de Apulo, logró, junto con otros jóvenes, ser nombrado en el grupo directivo del partido⁸.

En septiembre fue el debate sobre las bananeras, liderado por Gaitán. En octubre, junto con su coterráneo José Camacho Carreño, hizo debates en la Cámara contra el presidente Abadía, al que acusaban de favorecer electoralmente a uno de los candidatos conservadores. El ambiente era eléctrico.

5 Véase Gabriel Turbay, «Gabriel Turbay: orador parlamentario», en *Doce momentos de una vida al servicio de un partido*, Editorial Antena, Bogotá, 1946.

6 La desconfianza no era infundada, pues sobre el Partido Conservador en el poder caían toda clase de sospechas (por ejemplo, se comentaban los fraudes de la elección de 1900 o de la de 1922). De hecho, el gran jefe del Partido Liberal, Benjamín Herrera, había proclamado días antes de morir, en 1924, que el partido debía abstenerse.

7 Colmenares, «Abadía y Ospina: la política en el decenio de los veinte», p. 267.

8 Fueron ellos Francisco J. Chauz, Carlos M. Pérez y Felipe Lleras Camargo. Véase «Ayer quedó integrado el directorio nacional elegido en Apulo», *El Tiempo*, 8 de julio de 1929.

Rendón atacaba todos los días con duras caricaturas. Desde su puesto en el Directorio Liberal, Turbay empujó para que se realizara una nueva convención liberal y se abandonara la abstención.



Figura 2.1. Caricatura de Rendón del 18 de noviembre de 1929 para significar la indecisión de los liberales frente a la escogencia de un candidato propio

Fuente: Germán Colmenares, *Ricardo Rendón, una fuente para la historia de la opinión pública*, Tercer Mundo y Universidad del Valle, Bogotá, 1998, p. 80.

Por fin, el cambio de parecer de los dirigentes liberales se dio. Tres meses antes de las elecciones, previstas para el 9 de febrero, se convocó a un nuevo congreso del Partido Liberal. Los debates de ese mes de noviembre fueron decisivos para la orientación futura.

Se agudizó la agitación en el partido: mientras algunos sugerían apoyar a alguno de los candidatos conservadores, otros nombraron un comité de

orientación liberal, «que será un promotor de discusiones acerca de los problemas nacionales, contemplados desde un punto de vista científico e izquierdista»⁹. Gabriel Turbay fue uno de los oradores destacados de dicha convención. Así relata el corresponsal de *El Tiempo* su intervención:

Finalmente [habló] el delegado Turbay, quien hizo una exposición [...], defendiendo la labor de la minoría liberal en el Parlamento, atacada por algunos, y diciendo que dentro de la tesis del liberalismo revolucionario podría llevarse hasta preconizar la cooperación liberal, precisamente para ir con hombres en que el partido tuviera confianza, que no estuvieran vinculados al gobierno por el sueldo y que fueran capaces de ir a realizar una política de izquierdización dentro del mismo gobierno y con los recursos que este otorgue. [...]

Se declaró partidario de que se definan cada una de las corrientes que integran hoy el partido de la izquierda, pero manteniendo la cohesión necesaria para las realizaciones generales en frente al conservatismo. En este sentido a la dirección, que en su concepto debe ser de tres miembros, le corresponde desarrollar tres clases de política: una a tres meses vista, para la elección presidencial; otra a nueve meses vista, para después de la posesión del presidente que resulte electo, y otra a veinte meses vista, para la nueva elección de representantes. Cada una de estas políticas requiere una orientación distinta para la cual la dirección que resulte electa requiere atribuciones amplias y precisas¹⁰.

Su visión táctica y estratégica, de ideólogo y organizador del partido, estaba plenamente sentada. Otros jóvenes de menos de treinta años, como Alberto Lleras o Alejandro Vallejo (nuevos secretarios de la dirección liberal), y de menos de cuarenta, como Luis Eduardo Nieto Caballero o Francisco José Chaux, tenían la posibilidad de incidir en las decisiones del partido. Se empezó a murmurar que sí podía haber una candidatura liberal, pese a la larga hegemonía conservadora. Estos hombres no temían ser de izquierda: en esos meses en que el Partido Comunista era hostilizado por el poder, Chaux, senador chocono, declaraba:

Para que pueda darse la alternabilidad, es preciso que vengan nuevos partidos políticos. A los tradicionales les interesa ese surgimiento,

9 «La dirección nombró secretarios a Alberto Lleras y a Alejandro Vallejo», *El Tiempo*, 26 de noviembre de 1929.

10 «Samper U., López y Cuberos forman el directorio liberal», *El Tiempo*, 20 de noviembre de 1929.

porque las nuevas tendencias o corrientes vienen siempre con teorías sociales completamente renovadoras. Bienvenido el comunismo y los demás partidos¹¹.

Así, por esos días de diciembre de 1929, el Partido Comunista intentaba organizar una manifestación de protesta para conmemorar un año de la masacre de las bananeras. El gobierno, amparado en la «ley heroica», le exigía retirar los afiches de promoción de la manifestación, porque se hablaba en ellos del gobierno «asesino». Mientras tanto, el ala izquierda del Partido Liberal tenía puentes con ese partido.

En lo inmediato, la urgencia era construir la nueva candidatura. Los hombres históricos del partido, los generales Antonio Samper Uribe y Leandro Cuberos Niño, héroes de la guerra de los Mil Días, se retiraron. Un nuevo hombre fuerte empezó a surgir: Alfonso López Pumarejo, un banquero, columnista, parlamentario y dandi educado en Inglaterra, en cuya casa se instaló la nueva dirección. Años después, López Pumarejo destacaba:

Turbay ya se había distinguido como uno de los más combativos parlamentarios liberales al llegar yo a la dirección del partido en 1929. Estuvo a mi lado en el Teatro Municipal cuando la Convención de ese año definió la actitud que debía adoptar el liberalismo en las elecciones presidenciales. Me acompañó a modificar esa actitud, de «neutralidad vertical» —según la expresión del general Cuberos Niño— y comprometerme en la candidatura propia, contra lo resuelto por dicha convención¹².

El tiempo corría, era preciso actuar rápido. Gabriel Turbay tuvo un rol central: como agitador, como estratega, como tribuno, fue artífice de la llegada de Olaya Herrera al poder. A una velocidad vertiginosa, se ocupó de cada uno de estos asuntos de manera prácticamente simultánea. En diciembre, fue el orador central de la manifestación gigantesca en Bogotá. Dirigió a la multitud hacia la casa de Alfonso López para pedir la proclamación de Olaya Herrera como candidato. El embajador boliviano fue testigo de la manifestación:

Todos los almacenes, cafés y cantinas, etc., fueron cerrados, y se puede considerar que todo Bogotá participó en tan importante manifestación

11 «Puede aún el Partido Liberal presentarse con candidato propio», *El Tiempo*, 6 de diciembre de 1929.

12 Véase «López propone un tercer candidato liberal con el apoyo conservador», *El Siglo*, 26 de enero de 1946.

[...] En verdad, una marea humana desbordando por la Calle Real, una masa, mejor, por el número y la densidad y que ha hecho creer en un milagro de civismo¹³.

Fue esa la coyuntura en la que se dio el famoso telegrama a Enrique Olaya Herrera¹⁴, embajador de Colombia en Washington desde hacía ocho años, un cargo de mucho estatus que, además, lo había mantenido alejado de los intrínquilos locales. Había sido precoz periodista y uno de los oradores que más impresionó a Gaitán de joven. De hecho, para uno de los grandes estudiosos del caudillo¹⁵, el discurso de Olaya Herrera de 1909 en la Plaza de Bolívar pidiendo la renuncia del dictador Rafael Reyes fue una suerte de epifanía para Gaitán, que en ese entonces tenía once años de edad. Olaya podría ser la figura adecuada para asumir la tarea titánica de arrebatarle el poder al Partido Conservador, que con el apoyo de la Iglesia esperaba cumplir su desmesurado objetivo: gobernar a Colombia eternamente. La Iglesia ya había declarado que el 80 % de la opinión «sana» —es decir, sus fieles— estaba con su candidato.

República necesita imperiosamente Partido Liberal fuerte, unido, que salve país desde el gobierno o desde organizada oposición constructiva. Conocedores su vasto prestigio y leal adhesión nuestra causa solicitamos su autorización para postularlo, llegado el caso, como candidato presidencial seguros de que con usted aquí a la cabeza podría el liberalismo desarrollar campaña electoral de incalculable trascendencia y repercusiones decisivas para el porvenir de Colombia.

Amigos,

Eduardo Santos
Gabriel Turbay
Francisco J. Chaux
Roberto Botero Saldarriaga

13 Alcides Arguedas, *La danza de las sombras*, Banco de la República, Bogotá, 1983, p. 113. Citado por Eduardo Posada Carbó, *Las elecciones presidenciales de Colombia en 1930, Revista de Estudios Sociales*, n.º 7, 2000, pp. 35-47.

14 Según Silvio Villegas, testigo presencial de los hechos, fue Gabriel Turbay quien redactó este telegrama: «En una noche de fiesta, que no olvidaremos nunca, tuvo la visión profética de la victoria. Sin tener título alguno de jefe nacional del liberalismo, redactó el cable a Enrique Olaya Herrera ofreciéndole la candidatura presidencial». Silvio Villegas, «Un colombiano inmortal», *El Demócrata*, 25 de noviembre de 1947.

15 William Briceño, *Gaitán, una historia manipulada*, Fundación Simón Bolívar, Maracaibo, 2016.

El telegrama para Olaya lo firmaron, en su orden: Eduardo Santos (director del diario *El Tiempo*), Gabriel Turbay, Francisco J. Chaux (que hemos citado) y Roberto Botero Saldarriaga (escritor, polemista y parlamentario)¹⁶. El documento desencadenó toda suerte de reacciones: el principal interesado no se mostraba totalmente entusiasta. No quería en ningún caso ser candidato «de partido», sino «de concentración nacional»; el jefe del Partido Liberal, Alfonso López, que no había firmado el cable, parecía receloso; los editoriales comentaban que precisamente por ser «de concentración nacional», esta candidatura tendría mejor recepción. Adicionalmente, había inquietud por las opiniones que pudiera tener el candidato con respecto a la Iglesia. Muchos respiraron tranquilos cuando dijo que, de acuerdo con la Constitución de 1886, aquella era «un elemento esencial del orden social». No iba a producirse una lucha a muerte con los conservadores. Por el contrario, empezaron las cábalas y las especulaciones. Se anunciaba otro cable de vuelta de parte de Olaya Herrera. Entre tanto, los conservadores habían logrado que algunos liberales se declararan neutrales, acorde con la costumbre¹⁷. Pero mientras los jefes de los partidos hacían sus cálculos electorales, la calle daba otro tono. Así describe el ambiente el historiador Oscar Zapata:

A los diarios llegaban noticias de Bogotá, Antioquia, Cali, Boyacá, la Costa Atlántica sobre las manifestaciones que se efectuaban en apoyo a la candidatura de Olaya Herrera. El 27 de diciembre de 1929, acontecía una de las más grandes a favor de la candidatura liberal. *El Tiempo* publica que a la concentración «[...] asistieron más de 60 000 personas en la Plaza de Bolívar», y que los manifestantes llevaban carteles en los cuales se leían estas leyendas: «Olaya Herrera, candidato de la salvación nacional», «Queremos patria nueva», «Ahora o nunca»¹⁸.

Mientras Olaya, en Washington, seguía dudando, los medios registraban el entusiasmo popular en la calle (figura 2.2).

16 Santos, Chaux y Botero eran mayores que Turbay, además de ser mucho más conocidos que este último. Enrique Olaya Herrera ignoraba posiblemente quién era ese hombre, que además tenía un apellido extranjero y nuevo en la política nacional.

17 Algunos de estos aspectos se detallan en Luis Eduardo Nieto Caballero, *Escritos escogidos. Tomo II*, compilado por L. C. Adames Santos, Banco Popular, Bogotá, p. 404. También se puede consultar con provecho la prensa de la época.

18 Oscar Zapata Hincapié, «Atraer el pueblo a las urnas: la campaña electoral de Enrique Olaya Herrera», *Historiolo. Revista de Historia Regional y Local*, vol. 3, n.º 6, 2011, pp. 193-230.



Figura 2.2. Primera plana de *El Tiempo*, 11 de enero de 1930

Después de otros cruces telegráficos (en uno de ellos, Olaya Herrera renunciaba a ser candidato si su nombre era presentado por el Partido Liberal solamente) y tras varios editoriales, consultas y acuerdos, finalmente, el 6 de enero la prensa anunciaba que este hombre sí se aprestaba a librar esa batalla. Se anunciaba su viaje de regreso a Colombia para mediados de enero. Quedaba muy poco tiempo, pues las elecciones eran el 9 de febrero. De nuevo, la intervención de Gabriel Turbay fue decisiva:

Gabriel Turbay se presentó en esos momentos en *El Espectador*. Estábamos Luis Cano y yo conversando. «Esto, nos dijo, parece muy hermoso, pero se va a dañar. Cuando Olaya Herrera llegue a Cartagena y encuentre, después de la convención de los liberales vasquistas [que se habían declarado “neutrales”, es decir, favorables a los conservadores], una ciudad fría, se devuelve. Es indispensable ir a contrarrestar esa mala primera impresión»¹⁹.

Turbay se presentó también en *El Tiempo*, en donde estaban otros jefes liberales, con la misma propuesta: organizar rápidamente una comitiva para recibir a Olaya Herrera. Una delegación de mujeres (las esposas de algunos de estos políticos) entendió inmediatamente las razones de Turbay y decidió hacer parte de la expedición de recibimiento.

La gira quedó registrada en la historia colombiana como la primera irrupción de las masas en una campaña electoral. Hasta 1910, solo podían votar para Congreso los hombres alfabetizados, con una renta anual de 500 pesos o propiedad inmueble de 1500 pesos. A partir de la reforma de ese año, cambiaron los electores, pues el sufragio para elegir al presidente no dependía de

19 Nieto Caballero, *Escritos escogidos. Tomo II*, p. 405.

la alfabetización o de la renta²⁰. Es decir, hacía apenas dieciséis años se había inaugurado un voto más amplio.

Ahora bien, más allá de la ampliación del sufragio, algo completamente nuevo estaba sucediendo. Por primera vez una campaña electoral despertaba tal fervor; era como si las masas humanas salieran por fin del aletargamiento. Como escribe Luis Eduardo Nieto Caballero, que vivió esos días: «El país estaba poseído por la fiebre. [...] Los amigos que desde Bogotá salimos a su encuentro [de Olaya] fuimos objeto en todas partes de manifestaciones entusiastas, saludados por las multitudes como heraldos de la victoria»²¹. Las fuerzas nacientes organizadas, obreros y agricultores, fueron uno de los baluartes de esa gira.

En Barranquilla, Cartagena, Santa Marta, Ciénaga, en el río Magdalena, El Banco, Puerto Wilches, Puerto Berrío, en las poblaciones sobre la línea del ferrocarril, fueron recibidos por multitudes con orquestas, delegados, aclamaciones y, sobre todo, con la esperanza de los desposeídos. En Bucaramanga, se organizó un desfile encabezado por 6000 jinetes a caballo. En Medellín, la plaza Cisneros tuvo uno de sus eventos más grandes del siglo xx²², con la gente encaramada encima de los tejados.

En esta gira, Gabriel Turbay desempeñó un papel fundamental. Fue «el orador de resistencia». Afirma Nieto Caballero que en una semana y por media Colombia, se echó treinta discursos. Dice de él: «La pasmosa habilidad que tiene para las improvisaciones el elocuente orador de las izquierdas, nos sirvió a todos de recurso y de alivio. Con razón que goce por todas partes de una popularidad extraordinaria»²³.

20 Allí se fijó la existencia de dos clases de electores: los de primera, caracterizados como los hombres mayores de veintiún años que «sepan leer y escribir, y los que, careciendo de esta condición, sean propietarios de finca raíz de valor de mil pesos (\$1000) oro, o tengan renta anual de trescientos pesos (\$300) oro», y los de segunda, que eran «los demás ciudadanos». Además de la reducción en el tope de la renta anual (de 500 a 300 pesos) y del valor de la propiedad raíz (de 1500 a 1000 pesos), exigidos en caso de no cumplir con el requisito de alfabetización, la modificación más importante planteada en el artículo 2.º de la Ley 80 es que los electores de primera clase podían votar en todas las elecciones populares, incluida la de presidente de la República (*Diario Oficial*, 14 de noviembre de 1910 p. 453). Los diputados a las asambleas y los consejeros municipales eran elegidos por todos los electores (incluso los de segunda clase). La selección de los miembros del Senado, de acuerdo a la misma ley, quedaba asignada a los consejos electorales de siete circunscripciones, escogidos por los diputados de las asambleas departamentales. Véase Adriana Rodríguez, «Elecciones, participación política y expansión del sufragio en Colombia, 1910-1930», Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Bogotá, 2017, p. 25.

21 Nieto Caballero, *Escritos escogidos*. Tomo II, p. 371.

22 Véase Posada Carbó, «Las elecciones presidenciales de Colombia en 1930».

23 Nieto Caballero, *Escritos escogidos*. Tomo II, p. 379.



Figura 2.3. Noticia en *El Tiempo*, 20 de enero de 1930

A menudo, el candidato objeto del agasajo cedía la palabra a Turbay tan pronto se bajaba del tren: «Profundamente agradezco la fervorosa manifestación. Para que os enteréis de los propósitos que nos animan y de cuál es la política de la Concentración Nacional, os va a hablar el doctor Gabriel Turbay»²⁴. Olaya, exhausto por el viaje, le pedía también consulta al joven médico, y según Luis Eduardo Nieto Caballero, este le formulaba globulitos de zinc.

24 Nieto Caballero, *Escritos escogidos. Tomo II*, p. 415.



Figura 2.4. Recibimiento a Olaya Herrera en Santa Marta

Fuente: *El Tiempo*, 23 de enero de 1930.



Figura 2.5. Registro de la gira de Olaya Herrera en la prensa

Fuente: *El Tiempo*, 20 de enero de 1930.

Un solo, pero muy acuciante problema, se presentó durante esa gira apoteósica: el único que parecía no entender lo que sucedía era el entronizado. Olaya Herrera había estado por fuera del país varios años, como embajador de dos gobiernos conservadores. ¿Se había adaptado al cogobierno con estos y al *statu quo* de la clase política? ¿O acaso su desconcierto se debía a que era un hombre

de una época en la que la opinión de las masas no importaba? «¿Qué está ocurriendo en el país? ¿A qué se debe este fenómeno?», preguntaba el candidato.

En realidad, Olaya Herrera estaba más familiarizado con la banca estadounidense que con las manifestaciones populares. ¿Representaba al país ofendido por el robo de Panamá en el país que había cometido ese robo territorial? Sí, pero los tiempos habían cambiado. La indignación patriótica había bajado conforme ingresaban flujos de dinero a Colombia. En efecto, Estados Unidos había indemnizado al país con una suma millonaria y promesas de financiaciones futuras, y se había convertido en el principal comprador de café, entonces en pleno auge, además de que tenía los ojos puestos en el subsuelo colombiano (yacimientos de petróleo). En la coyuntura del crac bursátil y la crisis económica desatada a finales de 1929, la posición de este embajador resultaba francamente estratégica. Él era, según los historiadores Adolfo Atehortúa y Gudrun Kern, «el adalid de las relaciones con Estados Unidos, el hombre más importante detrás de los acuerdos, las inversiones y los préstamos»²⁵. Adicionalmente, Olaya Herrera pertenecía a una generación de políticos acostumbrada a hacer una política de arreglos (entiéndase, limar diferencias ideológicas, pero también ajustar posiciones sobre la base de las componendas burocráticas). Su referente para la idea de la concentración era el republicanismo de 1910. No era un adalid de las ideas liberales; si lo era, a la sazón, Turbay. Mientras este se impregnaba de las ideas y obras del liberalismo del siglo XIX, Olaya Herrera conversaba con la banca de Estados Unidos o con la naciente élite financiera de Colombia.

Es decir, desde la campaña asoman contradicciones entre un sector francamente izquierdista —entusiasta de la agitación social, al tanto de la experiencia soviética y de las movilizaciones que suceden en otros países, afín a las ideas marxistas, socialistas y comunistas que se discuten en el mundo intelectual y político— y un sector más tradicional —cercano al conservatismo y ya ligado al mundo de las finanzas y los grandes intereses—. Esta contradicción estará presente en los años siguientes, como se verá en diferentes momentos lo largo de este libro.

Pero por ahora estamos en 1930 y se puede tener todo tipo de esperanza. El ala izquierda del liberalismo y el ala que defiende un liberalismo moderado, que vigila sus privilegios, hacen campaña juntos y las multitudes creen, sinceramente, que habrá un cambio, que es posible enrumbar a Colombia hacia un horizonte más justo.

Antes de concluir este capítulo, acompañemos la llegada de Olaya Herrera a Bogotá:

25 Adolfo Atehortúa-Cruz y Gudrun Kern, «Enrique Olaya Herrera y su apoyo a los intereses estadounidenses en Colombia: los documentos que el Departamento de Estado no quiso revelar», *Folios*, n.º 55, 2022, pp. 65-88.

Desde Fontibón, sin solución de continuidad, había un cordón de gente hasta la Plaza de Bolívar, con protuberancias enormes como la Avenida Colón, donde, desde lo alto, se veía un oleaje, como un mar. La Plaza de Bolívar era uno de los espectáculos más grandiosos, conturbadores y exaltadores que yo haya visto en mi vida²⁶.



Figura 2.6. Recibimiento a Enrique Olaya Herrera en Bogotá

Fuente: *El Tiempo*, 27 de enero de 1930.

Las grandes movilizaciones sociales de los años veinte, las numerosas huelgas durante el período, la consagración de la fiesta de los trabajadores el Primero de Mayo, los intentos de organizar un Partido Comunista, la vitalidad de la prensa socialista y obrera, todos estos grandes episodios de las luchas colectivas estaban buscando una interpretación política. El Partido Liberal se había acostumbrado a no pelear, a no representar al pueblo, a conformarse con algunos puestos en el Congreso. La energía de hombres jóvenes como Gabriel Turbay, su grandísima capacidad organizativa en tan poco tiempo, sus ideas frescas, vinieron a sacudir esta modorra.

Gracias a esa visión política y estratégica de individuos como él, gracias también a ese trabajo colectivo del liberalismo organizado, el 9 de febrero se produce un hecho histórico para Colombia: regresa el liberalismo al poder. La prensa liberal celebra el hecho, tanto más feliz cuanto inesperado apenas unos meses antes. Una era nueva se abre en el país. Hay esperanza en el futuro. Por supuesto, nada será fácil.

²⁶ Nieto Caballero, *Escritos escogidos. Tomo II*, p. 416.

